

TIPOS DE CASTILLA

VALLADOLID

1888

7



ENCUADERNACION

*Oisak*

Madrid de Dios, 23  
Teléfono 25 91 16  
47011 VALLADOLID

S.207

ARCHIVO MUNICIPAL



1157683

0207



# TIPOS DE CASTILLA.



DOS BACHILLERES DE CAMPOS

POR

**Tomás.**



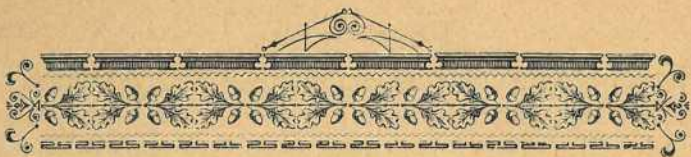
VALLADOLID, 1888

*Establecimiento tipográfico de H. de J. Pastor,*

IMPRESORES DEL IL<sup>l</sup>.R.E. COLEGIO DE ABOGADOS.

CANTARRANAS 26.

207



## Prólogo.



L arte, la producción del espíritu, es en todo semejante á la vida, la producción de la naturaleza. ¿Quién es capaz de meter en un cuadro de clasificación abstracta las obras infinitas creadas por ambas inagotables energías?

Los naturalistas han salido del paso inventando las variedades específicas; los estéticos, los géneros intermedios. La verdad es que dentro del espacio de los moldes genéricos y esenciales, que son ciertos, la actividad productora ya artística, ya natural, se

ejercita con una libertad sin límites en série infinita, incoercible, jamás agotada, de matices de diferenciación, causa perpétua de originalidad en cada una de dichas obras.

No son las literarias las que menos ostentan aquella libertad, en algún modo inclasificable, y por eso en las esferas de este arte abundan tanto los llamados géneros intermedios. Con lo que no decimos que la novela—título con que pudiera nombrarse la obra que prologamos—sea uno de tantos; más si que con semejante denominador común, ú otro parecido, se conocen, y han conocido siempre, mil engendros literarios de gran mérito, cuya compleción artística, ni bien poética, ni bien didáctica, ofrece no obstante la complicación de ambos modos y fines.

Tal ocurre con el presente. ¿Es una novela en el sentido estricto del concepto? ¿Una ficción de amena poesía? ¿Una fábula en prosa? ¿Una doctrina velada bajo la alegoría de un *enxiemplo*?

Pues para nosotros importa todo esto poco. Mejor preguntaríamos: ¿es una obra bella y útil? ¿Realiza un pensamiento? ¿Persigue un fin? ¿Responde á una cuestión real y necesaria? Y si tras de cada una de estas interrogaciones halláramos una afirmativa, lo demás nos tendría sin cuidado. Repetiríamos con el crítico: todos los géneros son buenos, excepto el género soso. Esto es: el género nulo.

Ahora bien; ¿qué nos dice, interrogada, esta invención *Dos bachilleres de Campos*?



Finalidad, —y grande, trascendente, intencionada, —tiene desde luego. Resplandece, como luz interior que dá claridad á la obra, desde la cruz á la fecha, esto es, desde el título hasta la última palabra.

Hacer la *novela de Castilla*, y valerse como medio, de esa forma para acometer de frente el tremendo problema social castellano, que, á manera de irlandés en Inglaterra, ha dado por ahí en llamarse *cuestión agraria*: hé aquí la teleología precisa, consciente, que palpita en las entrañas de este libro, si pequeño por el volúmen, colosal por el propósito, sirviéndole de pensamiento, de ideal, de alina.

Cuanto al primer empeño, quizás el autor no ha querido intentar sinó un boceto, siendo precursor de sí mismo en otros empeños mayores, ó de quien quiera que algún día se atreva á tomar sobre sus hombros tan hermosa obra de arte. Porque, en verdad, ¿no existe ya la novela madrileña, creación del insigne Galdós; la novela andaluza, del inimitable Valera; la novela cantábrica, de Pereda; la novela gallega, de Pardo Bazán; la novela astúrica, de Alas y Palacio Valdés? ¿Por qué, pues, no ha de llegar algún día á las gloriosas realidades del arte la novela castellana? Todo es que le nazca un ingeniero á la empresa, y ¡vive Dios, que no ha de ser tan vano el sueño de esa esperanza en una tierra donde ya nacieron otros tales como Zorrilla, Santos Alvarez, Núñez de Arce, García Escobar, Cano, Ferrari....: todos ellos dignos, no de trazar el canal inter-oceáni-

co, sinó de alzar el Ossa sobre el Pelión y escalar el cielo.

No menos claro es en el autor el propósito de valerse de tal boceto de novela para adoctrinar y apostolizar al pueblo castellano en la crisis social que hoy le trae atormentado y perseguido. Resulta en esta ocasión el libro una muestra más de esa bella literatura docente que tan altas empresas ha acometido y rematado en el mundo, enseñando toda una civilización con Moisés ú Homero, á defender la pátria con Tirteo ó Quintana, á amar la libertad con Milton ó Beranger, á sacrificarse en fin por los más nobles ideales humanos con tantas enérgicas inspiraciones, dignas en efecto de esos ideales.

Sabido es que la novela admite, cual ninguna otra invención de arte literario, semejante finalidad de propaganda y adoctrinamiento, hasta el punto de existir alguna variedad novelesca que la tiene por esencia principalísima y poco menos que exclusiva de su manera de sér. Con recordar la novela política de Laboulaye y la científica de Verne sobran ejemplos con que acreditar nuestro aserto. Algo quizás á lo Laboulaye es lo que nuestro autor ha querido ensayar, manera bellísima y de mucha trascendencia, que no sabemos cómo no se cultiva más, empleada cual arma poderosa en esa tremenda y nobilísima lucha de ideas é intereses que constituye la vida europea.

¡Qué alegoría tan seductora, tan bella, tan útil, tan docente para el labrador de Campos, para la

población rural de Castilla la Vieja, el mito que pudiéramos llamar realista de las dos familias *Cómo Són y Cómo de Bianser!*

¡Y cómo son, en efecto! ¡Y cómo debían sér! Hay entre ellas todo el abismo del problema resuelto. En un lado el presente cargado con toda la siniestra herencia del pasado: la urdimbre de la política absolutista; la falsa educación escolástica; la ignorancia de toda ciencia experimental y fecunda; el apego imbécil y terco á la rutina; la esterilidad económica; la tosquedad semibárbara en las costumbres anhelante siempre de rudos placeres; el camino de la perdición con ensañamiento recorrido y trillado. En otro lado el porvenir preñado de las hermosas perspectivas del ideal: la ciencia iluminando y dignificando la técnica manual; la nueva educación que humaniza, eleva, dulcifica y fecunda el sentimiento, la actividad y la inteligencia; el trabajo ilustrado y consciente que convierte lo estéril en productivo, y la miseria en riqueza; el buen sentido que recobra sus fueros, redimido de la esclavitud teológica de tres siglos; el camino de salvación resueltamente y con plena conciencia emprendido.

Ambas potencias, en el más admirable, observador y concienzudo realismo encarnadas, viven y obran la una en frente de la otra, y de su choque y contraste surge punzante, enérgica, inolvidable la lección que el autor se propuso. ¡Cuánto daríamos nosotros por que los desgraciados nuevos siervos del terruño de Campos quisiesen recibirla! De que la aprenderían

al punto, una vez recibida, nosotros respondemos. De que se les quedaria grabada para siempre en las más hondas fibras del alma, así que la aprendiesen, haciéndose su olvido imposible, respondemos no menos.

¡Y hay tanto que adoctrinar y tanto que aprender en esta obra de redención! Por esa semejante tendencia aleccionadora es para nosotros, después de todo, el más bello título de este librito, y el que con mayor encarecimiento le recomienda á la estimación de los hombres pensadores y de las gentes bien sentidas.....

Dos palabras, antes de concluir acerca del autor. Como tantos otros ilustres literatos que han honrado las letras pátrias, ciñe espada. Es jóven, muy jóven, vallisoletano, alma nueva nacida en el riñón de Castilla la Vieja. Para conocer por dentro la población de Campos con todos los problemas que la agitan tiene el poderoso motivo y cumplida ocasión de hallarse ingerto en antigua y distinguida familia propietaria y agricultora en uno de los pueblos de aquella región, familia, por cierto, cuyo jefe, no ha mucho fallecido, popularísima y muy querida personalidad de dicha tierra, trabajó toda su vida con esfuerzos titánicos en la prensa, en las representaciones populares, en la práctica, en la vida diaria, por la redención de sus paisanos y compañeros de fatigas. ¡Y cuán digno heredero de aquel gran carácter muéstrase el autor de este modesto y á la vez interesante librito!

Y es notable que sus aficiones, instintos y aptitudes literarias hanse mostrado por súbita é inopinada revelación. Ninguno de sus más íntimos amigos las habíamos siquiera adivinado. Se conoce que el jóven *Tomás*, pseudónimo que oculta un nombre por demás sonado en oídos vallisoletanos, los guardaba y cultivaba, con el pudor de un amor ignorado, en el fondo del alma. Sólo sabíamos de él aficiones irresistibles al estudio de las ciencias físicas y naturales, y las muestras del carácter más simpático, bueno y amable, complicado con ciertos dejos de candorosa seriedad que le comunicaban tonos aún más atrayentes, que el lector puede imaginarse: algún vago reflejo de lo cual advertirá seguramente repasando páginas del libro, si las repasare, como es nuestro más ardiente deseo.

Hace poco se reveló en este nuevo aspecto de sus aptitudes con un precioso ensayo titulado *Tipos de Campos*, que ha causado verdadera impresión; hoy nos sorprende con esta nueva obra, en que la intención artística se ofrece ya clara y bien tramada al lado de la intención docente. Así empieza *Tomás*; ¡Dios quiera que acabe donde poco antes le hemos apuntado!

¡Campeños de Castilla, apresuraos á tomar en vuestras rendidas manos esta obra; leedla como se lee una buena novela; sentid con ella; medita luego sobre vuestros sentimientos; y, si de esta gestación surge en el fondo de vuestras energías una luz que descubre un camino, y un impulso que os lanza por

él, y, si con ese impulso y esa luz comenzais, en efecto, la obra..., estais salvados!

Y ahora perdonen todos á este intruso, mal prologuista, arrepíentase el autor de su malhadado empeño en interponerle, á guisa de cuerpo extraño, entre los intereses del lector y el interés de la obra, ¡y á leer cuanto antes!

*RICARDO MACÍAS.*

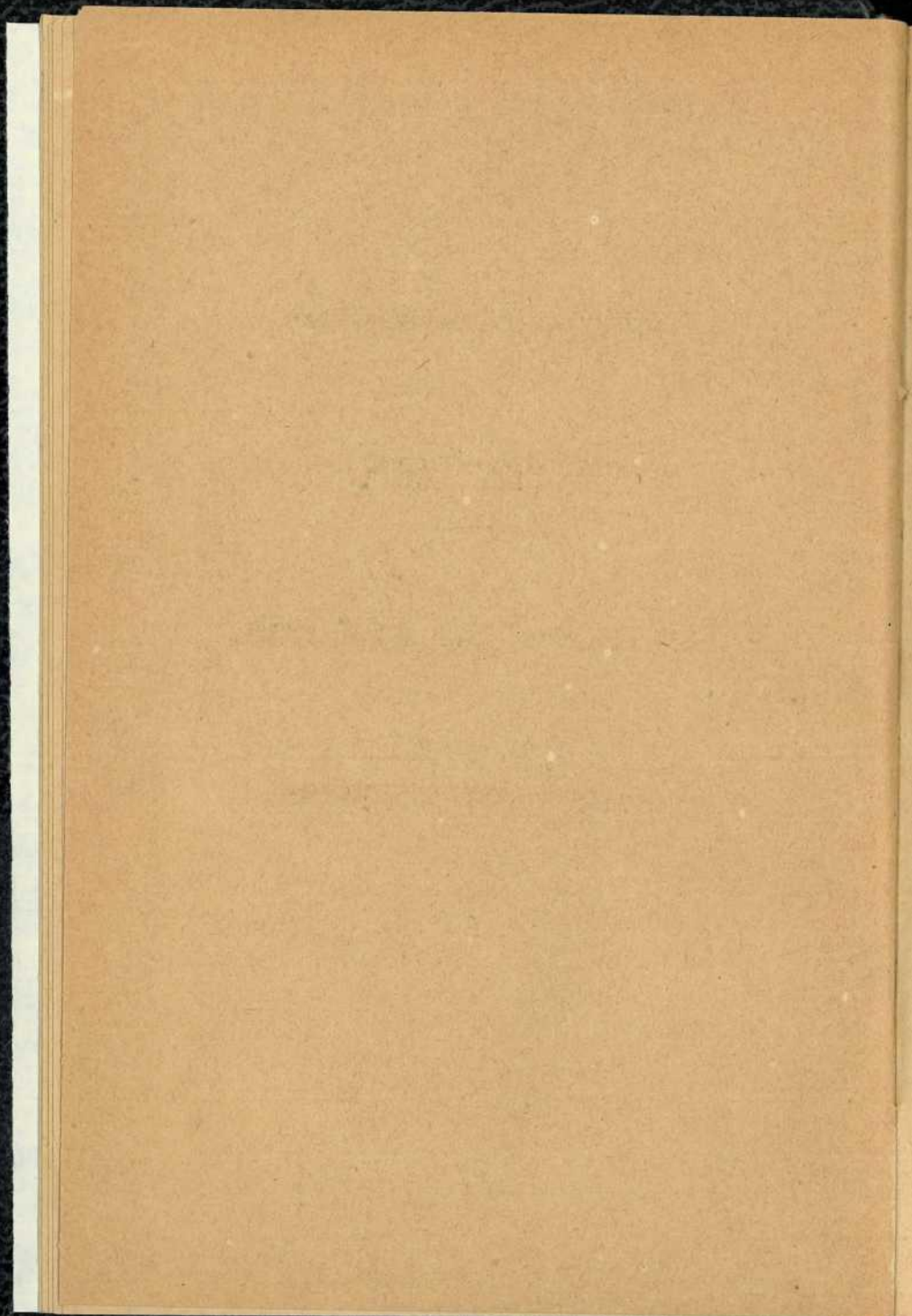
Valladolid y Octubre, 1888.



À D. César de la Mora

*su admirador*

TOMÁS.







PRIMERA PARTE.



Un poco de historia.







## CAPÍTULO I.

---

### De enhorabuena.

---

---



N la tarde del día 20 de Junio de 188..., la tranquila y metódica vida de Villarutina, pueblo enclavado en la región castellana vieja de «Tierra de Campos» á dos leguas cortas de Villacualquiera, se veía interrumpida por ruidoso y animado cuadro, poco frecuente en tan pacífico Lugar.

Lo más escogido de los Villarutinarios, con sus trajes de los días de fiesta, se dirigía á una casa situada en la mejor calle del pueblo, edificio formado de piso bajo y principal que, á juzgar por el gran portalón, los tres balcones pintados de verde, la fachada amarilla orlada de festones rojos y el gran espacio ocupado por corralones y cobertizos, circunstancias que no reunían la generalidad

de las casas del pueblo, parecía la morada de algún Creso de Villarutina.

Chicos, pollos y viejos entraban en la casa citada, sin necesidad de llamar á su claveteada puerta, porque estaba abierta de par en par, y al poco rato salían los chicos y los pollos, y pasaban á otra casa situada frente por frente de la anterior, de análoga construcción y aspecto.

En esta segunda vivienda se oían juveniles y alegres risotadas envueltas en atronador bullicio con los acordes de un piano, señales bien claras de que allí debían estar de juerga los Villarutinarios de veinticinco años para abajo.

¿Qué causa alteraba la habitual monotonía del campesino Lugaron?

¿Era aquello una fiesta? ¿quién la daba?

Vamos á saberlo.

Pero para poder enterarnos á satisfacción de tal asunto, es preciso hacer una ligera excursión retrospectiva.

En el año 1865 era el primer contribuyente de Villarutina D. Anastasio Cómo Martínez, rico propietario y labrador que debía su fortuna á la compra y venta de trigos, realizadas con inteligencia y honradez en los buenos años de aquel tráfico.

A la muerte de D. Anastasio, acaecida en el 67, se dividió la fortuna del acaudalado campesino entre sus dos hijos D. Pedro y D. Andrés, dos tipos opuestos en carácter y aficiones pero unidos por sincero cariño á pesar de la divergencia de sus temperamentos.

D. Andres Cómo, era el menor de los dos hermanos; vino al mundo cuando ya D. Anastasio tenía un capital regular y Andres fué, como suele decirse, el mimo de la casa; vivió siempre al lado de las maternales caricias y solo dejó tan agradable compañía para estudiar la carrera de Derecho en la Universidad de la capital de la provincia,

donde fué un estudiante ni malo ni bueno, es decir, del montón.

Terminada la carrera volvió al pueblo Andrés y aunque no era tonto y poseía excelentes cualidades morales, como la fortuna del padre seguía viento en popa y el hijo no necesitaba trabajar para vivir, se dedicó á la cómoda vida de señorito rico; al poco tiempo se casó con Manolita Son, hija del escribano de Villaotra, y disfrutando tranquilamente de tan llevadera existencia estaba el jurisconsulto de secano cuando murió D. Anastasio.

En suma: D. Andrés Como, que en lo físico era un señor de buena estatura, cara redonda, moreno, patilludo, campechano, hablador y hasta ocurrente á veces, en lo moral era un buen hombre, ni listo ni tonto, débil de carácter, efecto de no haber tenido que resolver nunca problemas apremiantes, y un poco aferrado á las ráncias costumbres de Campos, aferramiento esplicable en quien puede decirse que no había dejado el país natal.

Tipo bien contrario era D. Pedro Como; buen mozo, con marcial aspecto, enérgica mirada y voluntad de hierro, el hijo mayor de D. Anastasio abandonó la casa paterna en tiempos en que aun vivía estrechamente el futuro rico, porque Pedro no era de los que esperan que la fortuna se les venga á las manos sino de los que la van á buscar.

Fué soldado en Africa, donde se portó como un héroe, estuvo despues en Méjico con el general Prim y aunque siempre fué de los primeros en cumplir con su deber progresó poco en la carrera de las armas D. Pedro, por su carácter independiente y nada propenso á la adulación.

Sin embargo, á fuerza de balazos y exactitud, llegó á capitán y á poco de contraer matrimonio con una americana llamada Luisa de Bianser, llegó la época próspera de D. Anastasio y este hizo pedir el retiro á su hijo, el cual

se estableció también en Villarutina á saborear la vida independiente del labrador acaudalado, pero no en Bábía como su hermano sino después de haber corrido medio mundo y de haber luchado por la existencia con entereza y valentía.

D. Pedro se hizo un completo labrador pero conservó de su pasada vida las lecciones de experiencia, la energía de carácter, el amor á la exactitud y el mostacho largo y retorcido, chamuscado en Tetuan por la pólvora inglesa disfrazada de marroquí.

La testamentaria de D. Anastasio, contra la ley predominante en Campos, dió muy poco que hacer á los leguleyos, porque como D. Pedro y D. Andrés fueron siempre antes que todo, hermanos, la repartición de la herencia se hizo sin tropiezo alguno y los herederos entraron en posesión de la parte correspondiente á cada uno, que consistía en tierras de labor para seis pares de mulas, viñas, ganado lanar y de labranza y algun metálico.

Total, unos 60.000 duros cada hermano, cantidad que para Campos es una fortuna.

La revolución del 68, el periodo de la Regencia, el reinado de D. Amadeo, la República y la Restauración apenas han marcado la huella de su paso en la fisonomía habitual de Villarutina.

Un par de periódicos y otro par de cientos de fincas embargadas por el Fisco, es lo único nuevo que encontraría hoy en la villa el que no la hubiera visitado desde el año 60.

Parece cuento pero es verdad; Campos está hoy lo mismo que hace 20 años; sin dar un paso en el camino del progreso.

Todo está allí hoy igual que ayer, si se exceptúan las variaciones hijas del tiempo; entre estas las mas notables

son; D. Pedro Cómo se ha hecho un viejo pero valiente como siempre; perdió á su esposa D.<sup>a</sup> Luisa Bianser y hoy vive mirándose en su hijo Luis Cómo de Bianser que es un mocete de quince años, compañero inseparable de su primo Manuel Cómo Son, hijo de D. Andres y hermano de Lolita, la muchacha mas salada del pueblo.

Los hijos y nietos de D. Anastasio siguen en perfecta armonia, constituyendo toda la familia Cómo la aristocracia de Villarutina.

Y para terminar esta digresión solo nos falta decir á ustedes que las dos casas de la Villa en las cuales reinaban el bullicio y la alegría en la tarde del 20 de Junio de 188... eran las de D. Pedro y D. Andres Cómo.

En ellas se daba un convite á los amigos de la casa, que eran todo el pueblo, con motivo de haber terminado los estudios del bachillerato, los dos primos Luis y Manuel.

La familia Cómo tiraba aquel dia la casa por la ventana y la cosa no era para menos.

¡Ahí es nada! dos bachilleres! como si dijéramos, para la familia, dos esperanzas, dos montoncitos de ilusiones y para el pueblo dos personajes en proyecto.

Luisillo y Manolito eran la flor y nata de los muchachos de Villarutina y un par de alumnos de los más juiciosos del Instituto provincial. Si bien nunca hicieron grandes habilidades en el estudio, tampoco faltaron á sus obligaciones; habian cursado el bachillerato, obteniendo en los exámenes bastantes notas de notable y alguna de sobresaliente; eran pues dos medianías aceptables, de las muchas que salen á diario de los establecimientos de enseñanza y de las cuales puede sacarse algún partido si se las dirige con acierto.

El programa de estudios de la segunda enseñanza habia preparado aquellas jóvenes inteligencias para mayores ejercicios y habia dejado en ellas, sobre poco mas ó menos las

huellas siguientes: Los chicos habían deglutido los dos años de latín, no sé cómo, pero es el caso que los deglutieron. La Geografía, Historia Universal y de España habían grabado en la imaginación de los escolares bastantes recuerdos, entre los cuales sobresalían: la altura del Himalaya y el caudal de agua del Missisipi; cierta admiración por los Espartanos de las Termópilas y por Cicerón, algo de escama contra Catilina, un poquito de miedo á los Galos, simpatía por Carlo-Magno, lástima de Maria Antonieta, una algarabía de enrevesados nombres godos, y un entusiasmo grande por Viriato, Numancia, Pelayo, el Cid é Isabel la Católica, con una tirria de todos los demonios hácia Felipe II y los frailes, una gran alegría porque zurraran á Esquilache, un dos de Mayo grabado en el alma, y algunos nacientes infúndios de liberalismo engendrados por el conocimiento de las bellísimas prendas que adornaban á nuestro muy amado rey D. Fernando VII.

La Retórica y Poética las aprendieron así así; extasiándose al recitar aquello de

Helo, helo, por do viene  
el Infante vengador...

y en cuanto á la Psicología, Lógica y Ética, las aprendieron de memoria como los papagayos... y gracias.

En Matemáticas no estaban muy allá que digamos y en Historia Natural sabían que la ballena no es pez, que el diamante es mas duro que el vidrio y que las plantas tienen vida y muerte. De Física y Química conocían lo suficiente para no creer que los nublados son hechos sobrenaturales, y para no meter los dedos en ácido sulfúrico; y en cuanto al adelanto de nuestros colegiales en Fisiología, bien claro se mostraba en la socarronería con que los muy pillines se guiñaban el ojo al oír hablar de la procedencia francesa de ciertos encargos llorones.



En Francés estaban á la misma altura que en Chino y de Agricultura sabian próximamente lo que de Francés.

Todo este caudalito de conocimientos, revestido de esa capa de petulancia inocente é inofensixa peculiar del bachiller de quince años, era el que poseían Luisillo y Manolito después de haber recibido el título cuya adquisición festejaban los parientes y amigos en la tarde de marras.

Entremos en la casa de D. Pedro que era en la que estaba la gente formal y despues de atravesar el empedrado rectangular y blanqueado portalon, sin hacer caso del viejo escaño de nogal que allí existe, llegaremos á un pasadizo que comunica por el frente con el corralón, á la derecha tiene la entrada de la escalera que conduce al piso principal y á la izquierda una puerta pequeña que conduce á la bodega, y otra puerta grande de dos hojas cerradas por historiado y viejo picaporte de hierro. Un antiquísimo arcón de nogal y algunas pinturas religiosas forman el mobiliario de la antesala descrita.

Abusando de la libertad que por lo visto reina en la casa podemos alzar el picaporte de la puerta grande de dos hojas y abriendo una de ellas penetrar en una sala espaciosa, tambien rectangular, empapelada á la moderna y amueblada con una silleria blanca de regilla, un armario enorme y varios cuadros parecidos á los del vestibulo; la sala presenta un animado aspecto. En el centro hay una gran mesa cubierta de blancos manteles sobre los cuales se destacan dos ramos de dulce fabricados en Riomojado, varias bandejas cargadas de bizcochos, mantecadas, azucarillos y dulces, más una buena batería de botellas de Aceite de anís, Benedictino y vino blanco.

Alrededor de la mesa, veinte ó veinticinco comensales de ambos sexos, dan buena cuenta de sendas jicaras de

chocolate, con cada una de las cuales tendría una patrona desayuno para seis huéspedes.

Los dos hermanos Cómo, sentados á ambos lados del cura, hacen los honores de la casa, secundados ó por mejor decir dirigidos por D.<sup>a</sup> Manolita, la esposa de D. Andres, la cual se multiplica y hasta se divide para atender á los convidados.

De regular estatura, ojos de ardilla, vivaracha, regordeta marisabidilla, cincuentona, con el pelo peinado en ondas horizontalmente adosadas á la cabeza y terminadas por un voluminoso rodete, vestida de negro, sin polisón, con los dedos cuajados de sortijas, magnificos pendientes de brillantes y un gran medallón cerrando el cuello del aterciopelado abrigo, D.<sup>a</sup> Manolita es un tipo del año 50 trasplantado al 80.

Anfitriones y comensales charlan en amigable *peña* aplaudiendo y comentando las gracias del cura y de don Andrés, cada una de las cuales cuesta á la respectiva bandeja tres mantecadas.

Con motivo de la solemnidad festejada, el tema de las gracias consiste en referir alguna calaverada de la vida estudiantil del cura ó de D. Andrés, que por lo visto habian sido muy pillines de jóvenes. No necesitamos decir que si á D. Pedro se le ocurriese referir algún episodio de su pasada vida dejaría muy chiquititos á los dos excalaveras, pero el buen señor es poco aficionado á exhibiciones y gracias, y deja á su hermano hacer el gasto.

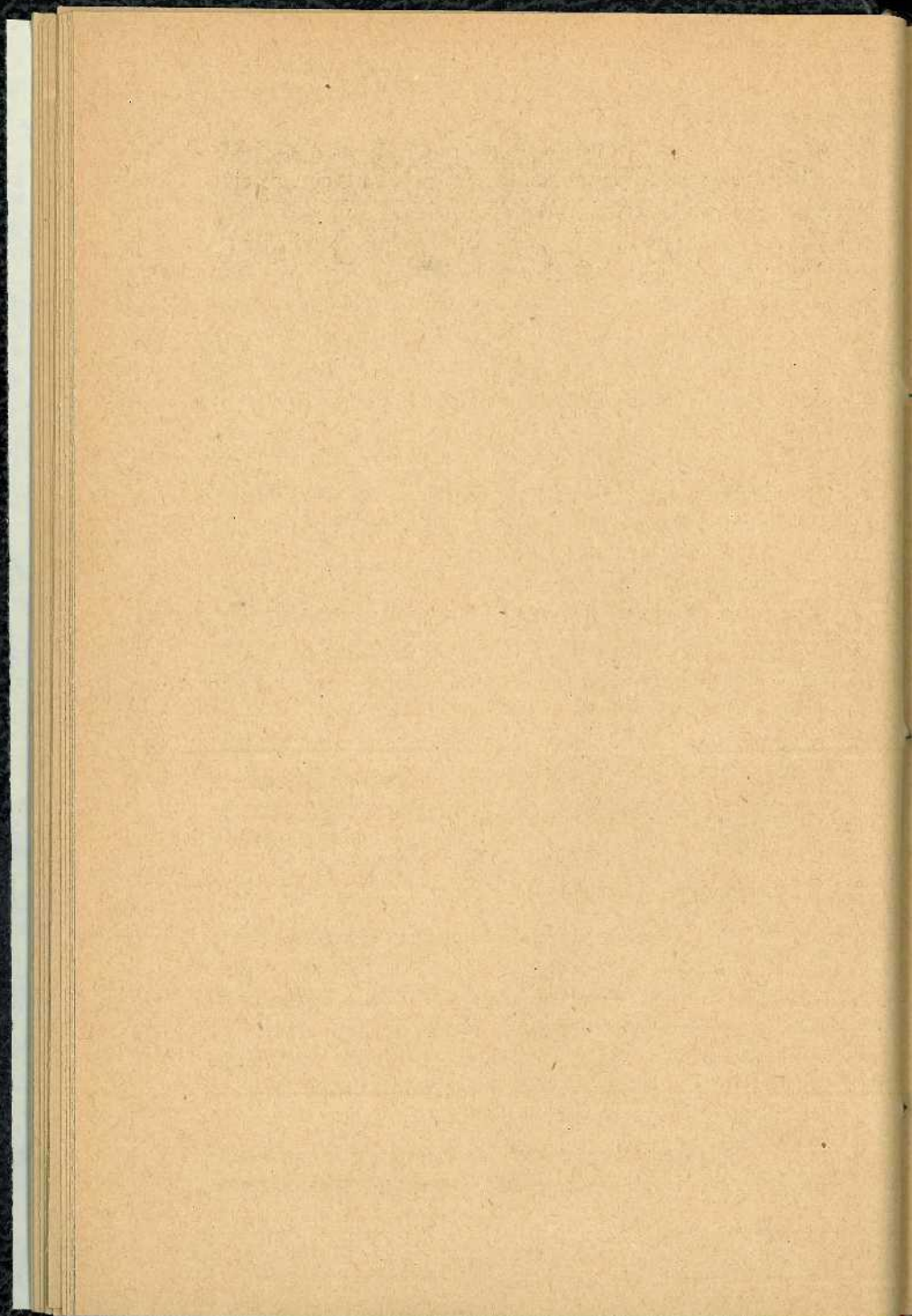
Como ño es cosa de quedarnos haciendo coro á los disertantes, dejémosles en paz, y sin detenernos en la contigua cocina donde los criados y demás gente de escalera abajo, hacen desaparecer de enorme cazuela las dos mejores ovejas de los rebaños de la casa, rociadas con un rio de peleón, podemos dar un vistazo á la casa de D. Andres,

albergue en aquellos momentos del más bullanguero cisco que registran las crónicas de Villarutina.

Análogo portal, é idéntico vestibulo nos conducirán á la escalera del piso superior en el cual, en ancho y espacioso salón entarimado, decorado con papel de grandes flores doradas, cortinones de encaje blancos, sillería de reps azul, un piano y una Purísima en el testero ocupado por el sofá, bailan, saltan y gritan una docena de jóvenes parejas presididas por los dos bachilleres y su prima Lolita hermosa niña de quince años que con los dos ojos más secuestradores de Campos y más sal que las minas de Cardona, cruza su mirada con la de Luis Cómo, con una persistencia que da algo que pensar.

Mas no nos metamos, por ahora, en honduras y puesto que éste capítulo va siendo algo largo, dejemos tambien á los bailadores, y hagamos punto final que tiempo tenemos para saberlo todo.







## CAPÍTULO II.

---

### ¿Qué hacemos de los chicos?

---



los pocos días de haber sucedido las escenas descritas en el capítulo anterior, paseaban en una calurosa tarde del mes de Julio por el camino de la Fuentecilla, D. Pedro y Don Andrés.

La Fuentecilla es una especie de mancha verde situada á dos kilómetros del pueblo, en la inmensa y polvorienta sábana de tierras de labor que rodea á Villarutina; mancha formada por un par de docenas de escuetos álamos plantados en un pradillo, en cuyo centro existe una fuente rodeada de algunos troncos de árbol tumbados en el suelo á guisa de asientos.

El que esté acostumbrado á ver la exuberante vegetación de Asturias ó de Vascongadas, se reiría seguramente al

oir á nuestros campesinos hablar de la frondosidad de la Fuentecilla; pero si ese mismo sujetó se tomase la molestia de hacer un viaje por Campos, y recorriese cuatro ó cinco leguas por barbechos y tierras segadas sin ver un árbol ni un metro cuadrado de verdor, es seguro que comprendería al punto por qué razón la Fuentecilla tiene para los villarutinarrios el mismo valor que el Barco de Soto para los ovetenses.

Los hermanos Cómo eran campesinos por los cuatro costados y por lo tanto tenían cariño al sitio referido; llegaron á él por tortuosa y empolvada senda y sentándose á la sombra de los álamos sobre uno de los rústicos divanes, después de charlar un rato sobre el estado de los trigos de los alrededores y otro sobre la chismografía del lugar, interpeló D. Andrés á su hermano en la forma siguiente:

—Sabes, Pedro, que tengo que hacerte una consulta?

—Tu dirás.

—Es sobre un asunto que me tiene preocupado hace algún tiempo.

—También yo estoy hace dias dándole vueltas á un problema, pero ya le tengo resuelto.

—No sé por qué se me figura que tu asunto y el mio deben parecerse mucho.

—Es probable.

—Vaya, para acabar de una vez, consiste en decidir qué hacemos de los chicos, es verdad?

—Exacto.

—Pues voy á decirte todo cuanto se me ha venido á las mientes en estos dias á ver qué te parece.

—Veamos.

Don Andrés se quitó el sombrero, le colgó de la rodilla derecha y encendiendo un cigarro habló de esta suerte:

—Es indudablemente uno de los trances más apurados para un padre, el momento en que tiene que elegir la

carrera ó profesión á que han de dedicarse los hijos; hay que tener en cuenta tantos factores, tantas contingencias, tantas circunstancias morales y económicas, que puede decirse sin vacilar que el acto de la elección de la filial carrera es el problema más espinoso de la pátria potestad. Hace dos semanas que no duermo con calma y tengo más cavilaciones en la cabeza que un Ministro de Hacienda. He pensado en la carrera de ingeniero civil, pero como para esta carrera necesitan los chicos además de una gran capacidad, mucha aplicación y yo no sé si Manolo tendrá las dos cosas, no quiero gastar un dineral en preparaciones para que luego resulte que el muchacho no sirve para el caso. Pensé también en la Milicia y consulté con nuestro amigo el comandante Rarezas pero éste me ha desilusionado por completo.

—Qué te dijo?

—Casi nada; «Vá V. á dedicar á su hijo Manolo á la Milicia? No haga V. tal locura. Es una compasión lo que hoy hace el Estado con los jóvenes que se dedican á la carrera de las armas; se elijen en las Academias militares, por medio de unos rigurosísimos exámenes de ingreso, lo mejorcito de los aspirantes; se acaban de hermosear las inteligencias de los alumnos, dentro de las Academias, con difíciles y complicados programas de enseñanza, y cuando los muchachos, dando prueba de una potencia intelectual nada común, vencen los escollos y ganan el empleo de oficial, ¡zás! les dedican á un servicio casi siempre más rutinario que científico y les retribuyen con sueldos mezquinos con los cuales, no ya para libros, sino ni aun para ropa tienen; resultado, que á la media docena de años, los chicos están cansados, aburridos, atrofiados, llenos de ingleses y en camino del montón de las esterilidades.»

— Bien conoce el percal el comandante Rarezas,

—Escuso decirte que con tales datos, descarté desde luego de mi programa la idea de hacer militar á Manuel. Los Marineros están mejor tratados que el Ejército, pero los jóvenes de tierra adentro no tienen afición á la Marina. La Medicina no me agrada tampoco, primero porque se necesita para tales estudios una vocación especialísima, que Manuel no tiene; segundo, un carácter acomodaticio y diplomático para adquirir clientela, y tercero una paciencia de Job para aguantar las impertinencias del público y las rencillas, chismografías, enconos y rivalidades de la familia médica que dá tres y raya á las cigarreras en el terreno de los ciscos doméstico-profesionales. No hablemos de los farmacéuticos, porque dependiendo su vida profesional del público y del médico, están los pobres como quieren. Las carreras de Topógrafos, Telégrafos y Agrimensores tienen poco porvenir, y las de Ciencias y Filosofía y Letras no tienen más salida que el profesorado, y eso trabajando mucho. En vista de todo esto y teniendo en cuenta aquello de que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer y que á pesar de los tan cacareados inconvenientes de la carrera de Leyes, es la que tiene más salidas, he decidido que Manuel sea abogado; si sale listo ya le buscaremos un empleo y sinó se viene al pueblo y santas Páscuas. ¿Qué te parece?

—A mi, bien—repuso D. Pedro—ya sabes aquello de que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena; por lo tanto tú lo quieres así, pues bien está.

—Pero hombre, dime tu opinión!

—Cualquiera que no te conozca creería, al ver la insistencia con que me pides parecer, que vas á hacer caso de lo que yo te diga; pero como te entiendo bien, sé que no has de variar tu resolución, por consiguiente, hágase tu voluntad y á vivir.



—Siempre has de ser el mismo—dijo riendo D. Andrés, — es cierto que soy algo testarudo, pero en esta ocasión quiero que me digas lo que piensas.

—Ea, pues que lo quieres allá vá; y ya que yo he tenido la paciencia de escucharte todo este tiempo, oye tu ahora el resultado de mis cavilaciones sobre el particular: Estoy completamente de acuerdo contigo en creer que la elección de carrera para un hijo es un problema de importancia para el padre, pues de acertar ó desacertar depende el porvenir de seres queridos; pero si he de serte franco, entiendo también que el problema es de más fácil solución para ti y para mí que para otros padres. Me explicaré: para el empleado cuyo patrimonio desaparece en el momento en que desaparece el sueldo, para el comerciante que vive de un tráfico en decadencia, en una palabra, para todo aquel padre que no tiene una posición *estable y trasmisible* á sus herederos, la elección que nos ocupa es un problema morrocotudo; pero para nosotros que poseemos un modo de vivir fijo y trasmisible, que no es todo lo pingüe y productivo que debiera ser porque no sabemos amoldarle á los adelantos modernos, la elección de carrera para nuestros hijos no sólo no debe ser difícil sino que entiendo que está marcada clara y terminantemente por las circunstancias que nos rodean. Yo debo dar á mi hijo, ilustración y posición, y ambas creo que se las doy con la carrera de *ingeniero agrónomo*, para lo cual le mandaré á Francia ó Bélgica porque allí está más adelantada la enseñanza agrícola que en España. Yo, que poseo un capital en fincas agrícolas que me produce lo necesario para vivir independientemente y cuyo capital, si hoy decae es porque yo no tengo condiciones para mejorar científicamente el sistema de cultivo, veo claro y muy claro que debo poner á mi hijo en condiciones de beneficiar ese capital que mañana ha

de ser suyo y con el cual no tendrá necesidad de depender de nadie, ni de mendigar favores y mercedes. Además puede prestar grandes servicios al país al paso que á sí propio, por todas cuyas causas el día en que Dios me lleve moriré con la tranquilidad de quien deja asegurado el porvenir de sus hijos haciendo al propio tiempo un favor á sus conciudadanos. Esto es lo que yo pienso y no sólo lo que pienso sinó lo que haré, porque lo he meditado con calma y me he convencido de que estoy en lo cierto; la Agricultura es una fuente de riqueza que no puede desaparecer como un meteoro; podrá decaer por falta de adelantos, por sobra de pereza ó por equivocada explotación, pero al fin y al cabo tendrá que levantarse y producir en una ú otra forma. Mis setecientas iguadas de terreno no son una finca como esas tiendas con local alquilado y género adquirido á crédito, que desaparecen todos los días de la vida mercantil, no señor, mis tierras son media legua cuadrada de corteza terrestre que serán tal mientras el globo terráqueo no se destruya y que si no pruden trigo, producirán cebada y sinó patatas y sinó diablos encadenados, pero que no pueden quedar abandonadas é improductivas mientras su dueño tenga iniciativa y aptitudes para la explotación. Ahora, si en vez de poner á mi hijo en camino de continuar y mejorar la industria á que debemos nuestra posición, le dedico á estudios de índole opuesta, haciéndole cojer horror á la Agricultura, al pueblo y al trabajo experimental, y estimulando en cambio en él la afición á las grandes poblaciones, á la burocracia y á la vida del gasto y no de la producción, entónces será lo lógico que mi capital muera por falta de energía directiva y encauzadora. Esto creo y esto haré, empleando en la realización de mi propósito toda la energía de mi carácter, y si en la batalla de los Castillejos recibí dos balazos en el

pecho por empeñarme en defender las mochilas de mi Regimiento de Córdoba, que después de todo me importaban tres pitos, por defender el porvenir de mi hijo y de mi capital puedes figurarte lo que estaré dispuesto á hacer.

Y ríanse Vds. de tipos azarados, donde estaba el pobre D. Andrés al terminar su casi discurso el antiguo soldado de Prim. El hijo menor de D. Anastasio no sabía si hablar ó callar, si estar conforme con su hermano ó si objetarle algo.

Jamás en guerra alguna se libró batalla más cruda que la que libraban en aquellos momentos en el cerebro de D. Andrés los razonamientos claros, terminantes, sinceros y enérgicos de D. Pedro con el gigante de la rutina idiosincrásica del marido de D.<sup>a</sup> Manolita Son.

«Si tiene razón este Pedro,—se decía á veces el buen hombre,—pero quién se mete en novedades y en historias,—y no salía de ahí.—Y vuelta á pensar; si le digo que no tiene razón me pega; pero si es que sí que la tiene; ¡qué ha de tener! lo que tiene es que con esa lábia y esos ojazos le domina á uno y..... uno se cree que está oyendo el Evangelio; pero en fin al diablo el miedo, que si él es hijo de mi padre, igualitos somos, y además que entre nosotros dos no llegará la sangre al río.» Y en actitud guerrera y valiente D. Andrés dijo á su contrincante:

—Pues, chico, creo que estás completamente guillado al pensar en esos inventos y en esas novedades tan de relumbrón.

—Querido Andrés,—repuso D. Pedro, tranquilo y sosegado,—si yo no hubiera esperado ya de ti tal salida, me cojería de susto tu insensatez, pero no es así, pues ya te dije antes que te conozco bien y que tu carácter rutinario no se doblega á tres tirones cuando se trata de luchar con la tradición. Te he expuesto mis razones, tú me has dado

las tuyas y en paz; en resumidas cuentas, tú eres el amo de tu casa, yo lo soy de la mía, y como ambos somos mayores de edad, cada uno hará lo que le parezca y al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. Hemos terminado. Dios quiera que no tengas que sentir algún día con tu decisión, si Manuel se dedica á la abogacía podrá llegar á Presidente del Tribunal Supremo, y yo me alegraré muy de veras, pero lo más probable será que se quede en cacique de pueblo y acudiendo con más asiduidad y afición á las luchas políticas y á la empleomanía, que á la explotación agrícola, cuya índole experimental está reñida con las aficiones que se desarrollan en los que se dedican á las ciencias morales y políticas, tu capital vendrá á tierra y malo será que el nieto de D. Anastasio Cómo, no termine sus días ganando dos mil pesetas en las covachuelas de un Ministerio.

—Pues si termina así, mejor, en cambio el tuyo con sus experimentos y su ciencia llegará á Arzobispo de Toledo.

—No digo que llegue á Arzobispo, pero, por lo menos, sabrá dirigir la casa y la industria mejor que el tuyo, con que vámonos hácia el pueblo, primero porque va siendo tarde y segundo porque te quiero mucho para reñir contigo.

Y dejando la Fuentecilla, los dos hermanos se dirigieron á Villarutina, donde les esperaba D.<sup>a</sup> Manolita con el clásico refrigerio dispuesto.





### CAPÍTULO III.

#### Comentarios de aldea.



DUARDO Laboulaye, en su precioso libro *«Paris en América»*, describe con admiración la prodigiosa rapidez con que en los Estados-Unidos se propagan las noticias, dándose el caso de que á la hora de ocurrir un suceso le conocen ya cien poblaciones. Pues yo creo que América se queda muy pequeñita en este asunto al lado de cualquier villorrio de la Vieja Castilla; lo cual es más de admirar aquí que allí, porque los campesinos no poseen los medios de trasmisión y propagación que los yankees.

Sale un vecino á paseo en cualquier pueblo de los mencionados, y á dos kilómetros de la villa, en medio del campo y sin testigos, al parecer, resbala el paseante y cae un batacazo; recobra la vertical, se limpia el polvo y sin contar el caso á nadie continúa paseando y regresa al

pueblo. La primera persona por cuya intermediación pase el caído, le interpela de fijo en esta forma: ¿se hizo V. daño D. Fulano, ó Sr. Fulano? Si el interpelado es lego en la materia experimenta una sorpresa grande al encontrarse con que ya saben en el pueblo lo de la caída, siendo así que nadie la ha presenciado; pero si el caído conoce bien las costumbres de Campos, admira una vez más la habilidad de sus convecinos, y contestando con afabilidad; «muchas gracias, no me hice daño», supone desde luego que algún trabajador del campo le ha visto desde una legua con el ojo de águila de tales gentes, y ha traído la noticia al Lugar.

Teniendo en cuenta que esto ocurre allí con el suceso más trivial é insulso, que se comenta y se vuelve á comentar cien veces porque la falta de emociones hace que se ocupe la gente de cualquier tontuna, figúrense Vds. lo que pasaría en Villarutina con la semi-disputa de la Fuentequilla.

El primero que llevó la nueva al pueblo fué el tío Malapata que pasaba casualmente por el sitio de la discusión de regreso del *escardeo*; el escardador encontró en la primera casa á la tía Dolores la Roma y la dijo *en secreto*:

— Ay, tía Roma, vengo asustadico.

— Qué le pasa, hombre de Dios?

— Pues mire..... yo..... bien sabe Dios que les quiero mucho, porque quise de veras á D. Anastasio y porque D. Pedro se portó mu bien conmigo cuando cayó quinto el mi Diego, pero..... yo se lo cuento á V. porque no me cabe dentro y si no lo digo me paice que no voy á cenar á gusto.

— Pero tío Malapata, quié V. reventar de una vez?

— Tenga paciencia, tía Dolores, que tó no se pué icir á un tiempo; pues..... lo cual..... que yo venía por la lindera del majuelo del tío Tomasón, de escardar el *arrenal* del

tio Indalecio que me llamó esta mañana y me dijo que si quería trabajar pa él; al llegar á la Fuentecilla oí unas voces de tó los diablos y me paré á escuchar; no por enterarme porque á mi no me importaba ná y además que no soy fisgón, sinó por un aquel que me dió en la nariz, de que allí pasaba algo gordo.

La tia Roma, á todo esto, oyendo con oídos, ojos, narices y hasta con el pelo.

—Bueno,—prosiguió el Malapata,—yo me escurri en el regato de Valdecañada y dende mi nido ví que D. Andrés y D. Pedro disputaban sobre á qué oficio iban á poner á los hijos; D. Andrés vá á poner al suyo á Leyes y D. Pedro vá á mandar al señorito Luisin á Tierra de Franceses pa que le enseñen no sé qué cosas mu enrevesadas, pero que por lo que á mi se me alcanzó deben ser así como eso de los boticarios, pero pa arreglar las tierras y la labranza.

—¡Hijico de mi alma!—dijo la Roma muy compungida,—y á Tierra de Franceses se ván á llevar al probe Luisin? ¡pero ese D. Pedro tié los malos en el cuerpo! Diga V., tío Malapata, allí pué que le enseñen á hablar como los gallegos, eh?

—Quisió lo que harán, cualesquier cosa mala; vaya, tia Roma, hasta luego, que me largo á ver si la parienta me tié la cena preparada.

—Vaya con Dios, hombre, que buen rato me ha dado.

A los diez minutos de terminar el tío Malapata su relación, la Roma se la contó á la Nariguda y ésta y la otra y la de más allá, fueron corriendo la historia corregida y aumentada por todo el pueblo y al poco tiempo llegó la noticia hasta la mismísima D.<sup>a</sup> Manolita, que haciendo el milésimo par de calcetas, estaba sentada en el escaño del portalón que ya conocemos. D.<sup>a</sup> Manolita no se desmayó porque sus nérvios no se lo consintieron, pero resumió el

estado de su ánimo con estas amenazadoras frases: «ya le diré yo luego á ese soldadote novelero cuatro frescas bien dichas, ¡farolón!

A los pocos minutos de pronunciar la señora su brava-ta, regresaron del paseo los esperados; se sentaron al fresco á la entrada del corralón, y allí, sobre un velador, colocó D.<sup>a</sup> Manuela tres jicaras de cholate con sus aditamentos de agua azucarada, bollos y bizcochos; aun no habían terminado los expaseantes de saborear el soconusco cuando D.<sup>a</sup> Manolita saltó al ruedo, como dicen los tauró-macos, y empezó la brega con estas palabras:

—Qué tal, Perico, sabe, sabe?

—Está exquisito; como hecho por tí.

—Pues bien mirado, no lo merecías, galopin.

—Que no lo merezco? pues qué pecado he cometido yo para no merecer tus atenciones?

—Qué pecado, eh? pecados dirás, y bien gordos.

—Dimelos, chica, que estoy en áscuas por conocerlos!

—No te dice nada tu conciencia?

—Absolutamente nada.

—Vaya, vaya, á que saben en el pueblo, de tus cosas más que tu mismo.

D. Pedro que conocía demasiado al pueblo y mucho á la cuñada, se puso en guardia y contestó con la sonrisa en los labios:

—Como no te espliques mejor me quedo en ayunas, mi querida Manuela.

—Es V. muy inocente Sr. D. Pedro, pero ya que te haces el desentendido, te voy á refrescar la memoria; vamos á ver, ¿por qué habeis disputado Andrés y tu en la Fuente-cilla?

Carcajada de D. Andrés.

—Siempre ha de ser lo mismo mi querida esposa, no



he visto una criatura más aficionada á meterse donde no la llaman y á dar importancia á lo que no la tiene.

—Cuando una está casada con un marido tan mándria como tú, dijo la *agredida*, es preciso ponerse los pantalones.

Segunda carcajada de D. Andrés, que se levantó de su asiento y se fué á dar una vuelta por los cobertizos dejando á D. Pedro, como suele decirse, en las astas del toro.

—Siento querida hermana, dijo aquel, que te hayas incomodado por una discusión que no ha tenido más importancia que la que quieren darle esos parladores y parladoras que te han traído el cuento, pero yo espero que te contentarás en cuanto yo te diga lo que ha pasado; no hubo más que un rato de charla entre Andrés y yo sobre la elección de carrera para los chicos, Andrés ha dicho que Manuel será abogado y yo, que Luis será ingeniero agrónomo y aquí paz y despues gloria, hija mia.

—Y te parece poco! —dijo D.<sup>a</sup> Manuela hecha un basilisco, — te parece poco eso de querer llevar á tu pobrecico hijo á Francia, á esa tierra de judios, ¡valiente país será ese, cuando cortaron la cabeza al rey y á la reina! si viviera la pobre Luisa que esté en gloria, y viera esto.....

—Se alegraría mucho, por que comprendería mis razones.

Y sabe Dios adonde hubieran llegado los desafueros de D.<sup>a</sup> Manuela sin la llegada de los tertulios que á diario visitaban á la familia Cómo. El Sr. Juan, el secretario del Municipio, D. Homobono el maestro y sus respectivas costillas, saludaron cordialmente á los dos cuñados y empezaron á charlar sobre varias historias de aquellos días, hasta que para colmo de desdichas recayó no sé cómo la conversación en el tema de marras y siguió el Calvario de don Pedro, pues todos los demás opinaban como D.<sup>a</sup> Manuela que la tal decisión era una locura, dando las buenas gentes en apoyo de su tesis cada argumento que cantaba el credo,

Y á todo esto el vapuleado, dando prueba de su discreción y talento, escuchaba sin alterarse todo aquel cúmulo de desatinos. Cansado de tantas inocencias é inoportunidades D. Pedro se despidió de los tertulios á hora mas temprana de aquella á que acostumbraba á retirarse ordinariamente y dejando la reunión un poquito amostazado por dentro y sonriente por fuera, el padre de Luisillo se dirigió á su casa, situada como ya sabemos frente por frente de la de D. Andrés.

Pero estaba escrito que la paciencia del buen señor había de agotarse aquella noche.

En medio de la calle, en el corto trecho que entre las dos casas existe, salió de entre las sombras una silueta negra, muy negra, que posando una mano sobre el hombro de D. Pedro, le dió las buenas noches.

La tal silueta no era ni más ni ménos que la de D. Diosdado Iglesias, párroco de Villarutina.

—Buenas noches Sr. Cura—contestó el saludado, siguiendo su camino.

El otro nõ se dió por satisfecho y largó esta andanada á su interlocutor:

—Diga V., es cierto que va á ir Luis hácia Francia?

—Si señor, dijo con impaciencia el Sr. Cómo.

—Y diga, diga, —insistió el cura — como andan de religión por esos sitios?

Surgió la tempestad.

El ex-capitán de Córdoba había estado haciendo esfuerzos titánicos toda la noche por conservar la calma, á pesar de oír disparatar tanto á su cuñada y á los tertulios, pero la medida de la prudencia estaba próxima á llenarse y se llenó con la pinchadita del Sr. Iglesias.

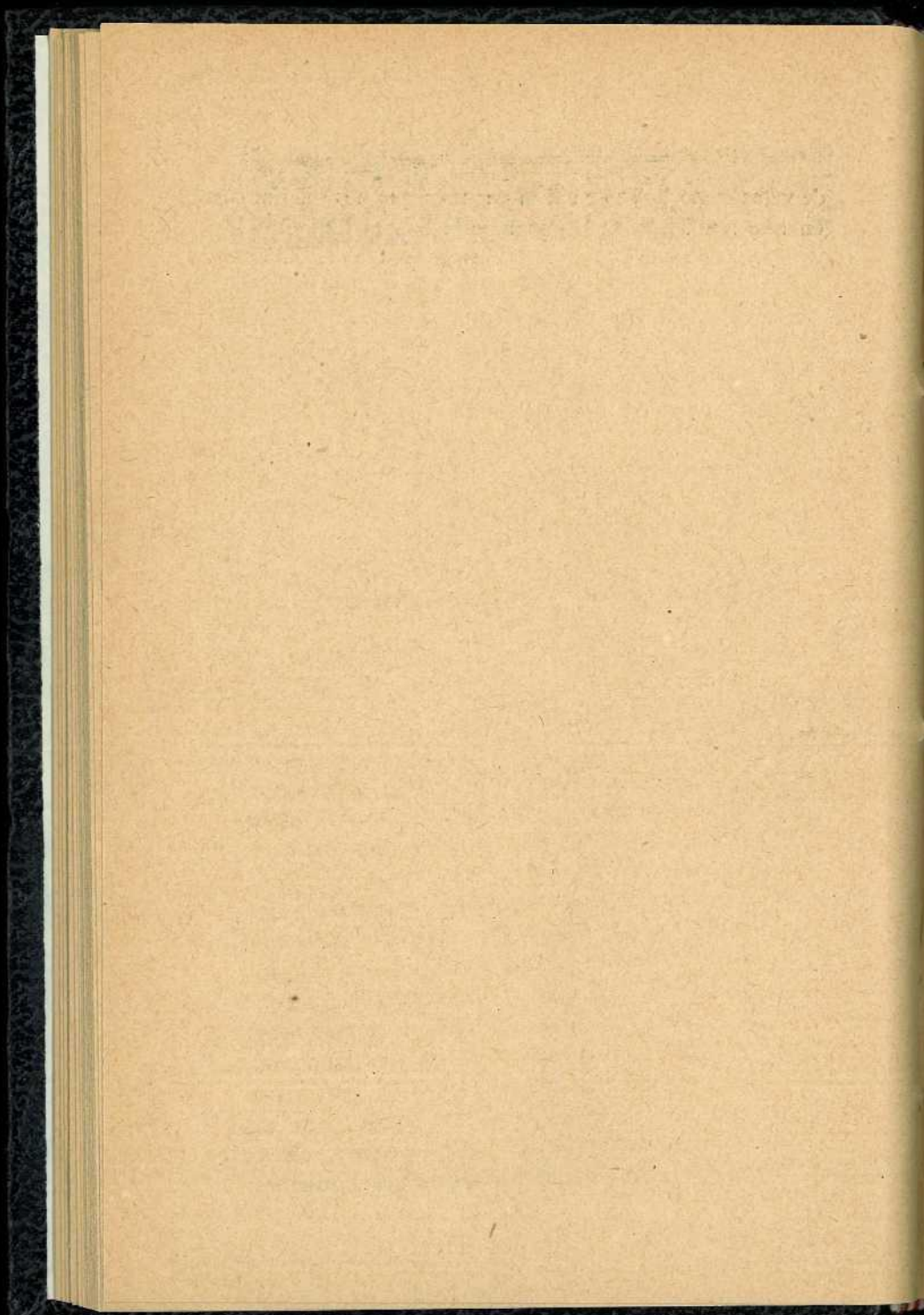
Desde el dia en que supo la noticia del alevoso asesinato del Conde de Reus, D. Pedro no se había enfadado tan

de veras como lo hizo en el momento á que nos referimos, en que reuniendo en la punta de la lengua diez años de coraje, los arrojó sobre el pobre cura, envueltos entre estas palabrejas, pronunciadas con el tono suave y cariñoso de un ¡¡¡marrchen!!! militar.

—¿Y á V. qué le importa, santo varón!

Y dejando al clérigo hecho una estatua, D. Pedro entró en su casa, cerrando tras sí la puerta con tal estrépito que algún vecino medroso despertó sobresaltado y se santiguó devotamente entre las sábanas tomando el portazo por un tiro.







## CAPÍTULO IV.

---

### Un duo y un viaje.

---



A paternal rabieta proporcionó á Luisillo la ocasión de pasar un buen rato, para que no pudiera decirse que aquella noche terminaba sin dar cabida entre sus horas á ningún suceso de color de rosa.

D. Pedro tenía la costumbre al retirarse á casa por la noche, después de la tertulia, de cerrar á piedra y á lodo la puerta de la calle y llevarse la llave en el bolsillo, del cual no salía hasta la mañana siguiente; pero la picara desazón hizo que el padre de Luis se contentara la noche de la trifulca con el monumental portazo, y sin parar mientes en que la puerta sólo quedaba cerrada con el picaporte, el buen señor entró en su casa, cenó de mala gana y se acostó en seguida para recuperar con el sueño la calma que le quitaron sus convecinos y parientes.

Luis observó el descuido y se hizo el tonto, acompañó á su padre en la cena sin despegar los labios para hablar, porque la cara de papá indicaba bien claramente que el horno no estaba para bollos, y á continuación el bachiller se despidió para acostarse y marchó á su cuarto; una vez allí Luis esperó un rato y cuando supuso que todos dormían en la casa, salió con cautela al portal y levantando sin hacer ruido el pesado picaporte, con la habilidad del más consumado ratero, se echó á la calle y respiró el fresco ambiente de la noche con la satisfacción del pájaro que escapa de la jaula.

Ya libre, Luis marchó pegado á las tápias del corral de la casa de su tío Andrés y dirigiéndose á una reja situada en la parte accesoria del edificio, á un metro escaso del suelo, dió dos golpecitos en el maderaje de la ventana; se oyó en el interior un ligero ruido, la ventana se abrió un poco y el hermoso perfil de Lolita apareció en el hueco.

—Qué haces aquí á estas horas, loco?—dijo asustada la tortolilla.

—Calla, tonta, no te asustes,—dijo el galanzuelo.

—Si nos siente mamá me mata á pellizcos, márchate, márchate.

—Como no me marche.....

—Entonces me retiro yo y te quedas al fresco.

—A que no.

—A que sí,—y Lola hizo ademán de cerrar la ventana.

—Si te metes me tiro á la laguna,—dijo Luisillo.

Y no sabemos si por miedo á un suicidio ó porque Lola no tenia muchas ganas de retirarse, lo cierto es que la muchacha abrió por completo la ventana y apoyó en el antepecho un tan encantador busto de mujer, que hizo palidecer de celos á la Luna y temblar de emoción á Luis.

—Pero cómo estás fuera de casa á estas horas?

—Si hubieras empezado por ahí, requetemonísima, no hubiéramos perdido diez minutos en tonto, pero como tiene V. esa cara de cielo y esos ojos tan matadores, la gusta darse un poco de pisto antes de conceder una audiencia, es cierto, reina mia?

—Vamos, señor florista, conteste V. á lo que le preguntan.

—Vá en seguida, señorita; pues es el caso, que papá entró esta noche en casa con una cara *tan feroche, tan feroche*, que debía ser igualita á la que según él cuenta tenía Muley el Habbas; cerró la puerta de la calle con rabia y se olvidó de echar la llave como de costumbre, yo *guipé* todo esto, me acordé de mi Lola, y en cuanto supuse que dormían las personas mayores en edad, dignidad y gobierno, tomé el olivo y me vine á este sitio para decirte una vez más que eres la niña más archiguapa de Villarutina y de todas las Villas del globo.

—Eche V. y no se derrame, so parlador.

—Sí, señora, guapa y muy guapa, y además de eso con unos andares y un salero.....

que en cuantico que levantas  
la puntita de la enagua  
un poquito nada más,  
pa separar la gente tiene  
que intervenir la autoridad.

Y Luis, con toda la informalidad de un chico y toda la confianza de un primo, cogió de pronto la mano de Lola y terminó la copla con un chasquido, que no fué de látigo, para que nada le faltase á la popular calesera de Cádiz.

Lolita tomó muy á mal la libertad del trovador y se enfadó terriblemente por espacio de minuto y medio,

al cabo del cual se reconcili6 la pareja, pr6via la formal promesa del atrevido mozalvete de que no volveria 6 las andadas.

Despu6s de aquella ligera expansi6n, el di6logo tom6 cierto tono de seriedad y en 6l se habl6 de la cuesti6n del d6a.

—Mucho ha debido sufrir hoy mi t6o Pedro,—dijo Lola.

—Mal d6a debe haber pasado, 6 juzgar por la cara que ten6a esta noche, mira que no hablarme una palabra durante la cena, con lo que me quiere!

—De v6ras no te dijo nada?

—Ni una palabra.

—¡Pobre t6o Pedro! y t6u sab6as algo de su proyecto?

—S6a, me lo dijo hace d6as.

—Y qu6 te parece?

—A m6a, bien, porque cuando mi pap6a lo quiere es porque me convendr6a.

—Yo tambi6n creo que mi t6o Pedro sabe m6as que pap6a y que todos los del pueblo, pero siento mucho que te vayas tan l6jos de aqu6a, porque me vas 6 olvidar.

Cuando Lola termin6 de hablar, las l6grimas ba6aban sus mejillas y poco le faltaba al tunant6n del bachiller para hacer lo propio.

—Qu6 te he de olvidar, tontina,—dijo haciendo de tripas coraz6n—ni por todas las *franchutas* de Francia me olvidaria yo de t6a!

—¿De v6ras?

—De v6ras.

—J6ramelo.

—Por la Virgen de Castilviejo.

—Ahora s6a que te creo.

—Y antes por qu6 no?

—Porque como los hombres so6is tan malos, desconf6a una de todo.



—¡Boba!

—Di, y me vas á escribir?

—Todo cuanto tú quieras, pues no faltaba más!

—Y me dirás todo lo que te pase?

—Todo.

—Pero y si me coje las cartas mamá?

—Quiá, mira, yo se las mando á la señora Estéfana, el ama de gobierno de casa, y ella te las dará; te parece bien?

—Ya lo creo.

—Pues entónces ¡pelillos á la mar! cuatro ó cinco años se pasan en un momento y cuando yo venga del extranjero, sabiendo mucho, arreglaré al pelo la labranza de papá, compraré muchas máquinas y nos casaremos, eh?

—Tú todo lo arreglas á tu gusto, y si no quiere mamá?

—Te robo.

—Y si no puedes?

—Me mato.

—Quiá.

—Ya lo verás.

Y aquí llegaba la amorosa plática de los dos enamorados, cuando oyeron un ruido en la vecina calle, ruido que se acercaba rápidamente denunciando la llegada de un carro de labranza que salía al campo á tales horas para acarrear las mieses segadas. Lola cerró rápida y silenciosamente la ventana y Luis, rodeando las tápias del corral en sentido inverso al en que venía el carro, le dejó pasar y entró sigilosamente en la paternal morada sin que advirtieran los acarreadores la presencia del rondador, con cuya acertada maniobra consiguieron los tórtolos que aquel duo pasara desapercibido para las comadres y vecinos del Lugar.

Dentro de la casa empleó el mocete parecidas precauciones que para entrar, y llegó sin que le sintieran al

dormitorio; se acostó y no pudo conciliar el sueño en largo rato por las innumerables ilusiones y pajarotas que invadían aquella jóven imaginación; al fin, rendido por el cansancio del día y por las emociones de la noche, Luisillo se durmió, pero con un sueño tan perturbado y nervioso que, según declaración de la señora Estéfana, el trastuelo amaneció con las almohadas en la alfombra y la colcha liada al cuello á modo de corbata.

---

Muchos y saladisimos comentarios siguieron haciéndose en Villarutina durante todo el verano acerca de la decisión de los Cómos, pero éstos llevaron á la práctica sus respectivos proyectos y á pesar de las murmuraciones, y cabildeos de Tirios y Troyanos, á fines de Septiembre de aquel año el mejor carro de toldo de D. Andrés condujo á hijos y padres á la capital de la provincia, donde después de despedir en la estación del ferrocarril del Norte á don Pedro y á Luis que tomaron el expreso de Francia, D. Andrés y Manuel se hospedaron en la célebre posada del Queso, interin encontraban una patrona para el nuevo estudiante de Derecho.





## CAPÍTULO V.

---

### Desde Gembloux.

---

---



MARCA en su esfera el reloj del tiempo un año más que los que marcaba el día del viaje de los bachilleres Cómo, y en la mañana de un domingo el esquilón de la torre de la iglesia de Villarutina lanza á los aires el tercer aviso para que los fieles acudan al templo. Un sólo cura hay en la Villa y por lo tanto á una sólo misa pueden asistir los Villarutinarios, y teniendo en cuenta el fervor religioso de éstos no es de extrañar que el pueblo quede desierto durante el santo sacrificio.

D. Andrés sale en este momento de su casa y, cerrando con doble vuelta de llave la puerta principal, se dirige á la iglesia en cuyo camino le han precedido familia y criados. La casa está séla.

Y.... no sabemos si aprobarán nuestros lectores el allanamiento de morada que pensamos realizar, pero la tarea del novelista trae consigo compromisos ineludibles y este es uno de ellos. En fin.... adentro, que después de todo, nosotros no vamos á cometer en la morada Cómo otro delito que el de indiscreción, y en la era de las irregularidades y los timos, la indiscreción no pasa de la categoría de pecado venial.

Aprovechando la soledad del edificio podemos entrar impunemente en el cuarto de Lola; no nos detendremos á describir la habitación porque la misa dura poco y no tenemos tiempo para floreos: fijemos toda nuestra atención en un tallado costurero de caoba, regalado á Lola por su tío Pedro, y abriendo el cajoncito secreto del mueble veremos una preciosa caja de raso azul de las que llenas de dulces sirven para regalos de bodas y bautizos; abramos también la caja puesto que ya no es hora de pararse en barras y hallaremos dos paquetes de cartas atados con cintas de seda de color de rosa.

En aquellos paquetes donde guarda Lola su correspondencia con Luis y Manuel, podemos hallar noticias de los estudiantes con ménos trabajo que el que necesitaríamos para buscarlas de otro modo.

Venga un paquete, fuera la cinta y manos á la obra, violemos el secreto del costurero, si bien tendremos luego el cuidado de dejar las cosas conforme estaban para que no se note nuestro registro.

Veamos unas cuantas cartas de las que por orden cronológico tiene allí colocadas Lolita.

*Gembloux 22 de Octubre.*

Mi adorada Lola: Hace un mes que dejé de verte y me parece que hace un siglo; echo mucho de ménos á papá

y á toda la familia, pero cuando tu imágen se presenta ante mis ojos todos los demás recuerdos quedan postergados; cuando pienso que estás tan léjos de mi, me parece un sueño.

Estoy muy contento, porque este colegio es magnífico; se llama «Instituto agrícola del Estado» y es un hermoso edificio con dos grandes fachadas, una que mira hácia los campos de experiencias y otra al pueblo, que es Gembloux y tiene unos tres mil habitantes, gente buena, laboriosa y católica; hablan el francés y yo doy lección todos los días para perfeccionarme en este idioma.

El estudio es mucho porque en el primer año tenemos que aprender Matemáticas, Física y Química, Botánica, Meteorología, Anatomía de los animales y Prácticas de Agricultura y Arboricultura, pero están tan bien arregladas las horas de clase y estudio, que el trabajo no se hace pesado.

Hay aquí alumnos de todas las naciones; españoles peninsulares sólo somos dos, pero hay diez ó doce cubanos; formamos una sección por cada año y es jefe de cada sección el más aplicado; nos levantamos á las cinco de la mañana, nos desayunamos con café ó leche y nos dedicamos al trabajo hasta las doce, hora de almorzar; después del almuerzo tenemos descanso y por la tarde vuelta á estudiar hasta las siete, hora en que se come.

Ya te iré dando noticias de mis adelantos en otras cartas, pues hoy tengo que estudiar y no puedo ser más extenso.

Tuyo,

*Luis.*

P. D. Escribeme con estas señas:

«Sr. D. Luis Cómo de Bianser, Alumno del «Instituto Agrícola del Estado.»—Provincia de Namur,— Gembloux,

*Gembloux 15 Noviembre.*

Querida Lola: Recibí tu carta y tuve un verdadero placer al recordar nuestros proyectos.

Ya voy aprendiendo bien el francés y entiendo las lecciones con más facilidad.

El domingo después del almuerzo y de cumplir los deberes religiosos, fui con otros compañeros á ver Namur, la capital de esta provincia; es una ciudad muy bonita que tiene un castillo situado en una montaña muy alta, desde la cual se domina un precioso valle, donde se juntan dos rios que se llaman el Sambre y Mosa. Vimos el palacio del Sr. Obispo y un asilo de ancianos que fundó la señora condesa de Harscamps. Pasamos la tarde muy agradablemente y antes de las ocho de la noche estábamos ya en el colegio, conforme al reglamento.

No dejes de dar mis afectos á Manolo, cuando le escribas y de decirle que es un bribón que me tiene olvidado.

Tuyo

*Luis.*

P. D. Dime si siguen haciendo rabiari á papá en el pueblo, si vieran esto aquellas pobres gentes se quedaban vizcas.

*Gembloux 19 de Diciembre.*

Querida Lola: Supongo que dentro de pocos dias irá Manolo á esa Villa, á pasar las vacaciones de Navidad; mucho siento no poder estar con vosotros esos dias pero la distancia no permite hacer escursiones á menudo y además no tenemos más vacaciones que quince dias por Semana Santa y dos meses por el verano, de modo que hasta Agosto no puedo veros.

Hoy estoy haciendo sábado en mi cuarto, pues tenemos que cuidar mucho los muebles porque respondemos del

deterioro; si vieras con que mimo arreglo mi cama, con su colchón de muelles, el lavabo, armario, mesilla de noche y mesa de estudio, no conocerías á aquel Luis que cuando salía de su cuarto por las mañanas le dejaba hecho una prendería; todo es á lo que uno se acostumbra.

Ya conozco mejor el francés y paso en las horas de recreo muchos ratos, leyendo en las Bibliotecas del colegio, periódicos científicos. Las asignaturas me gustan mucho, porque me ilusiona poder practicar algún día en las tierras de papá, todo lo que aquí aprendo.

Desearé que pases felices Pascuas y te acuerdes mucho de

*Luis.*

*Gembloux 16 Enero.*

Queridísima Lola; Mucho te agradezco el que en la misa del gallo rezaras tanto porque yo pasara bien aquella noche; algo triste fué para mí por ser el primer año que la paso léjos de vosotros, pero no hay más que tener paciencia y esperar á que el tiempo nos vuelva á reunir y pueda yo recompensar los sacrificios de papá.

Te escribo de noche y estoy rendido, pues he pasado toda la mañana estudiando y la tarde en el campo, preparando unas tierras para las plantaciones. ¡Que diferencia entre las operaciones agrícolas del colegio y las que hacen en nuestro pueblo! El Sr. Director y los profesores diijen el trabajo, le realizan los alumnos de último año y nosotros le presenciamos para ir aprendiendo. No se da un azadonazo ni se echa un cesto de abono, sin que nos digan el porqué de cada cosa; así es que las operaciones que me aburrían cuando se las veía hacer á los criados de casa, ahora me entretienen y agradan,

He comprado un estuche de matemáticas y estoy dibujando un arado Simplex; cuando tenga mi obra terminada pediré permiso al Sr. Director para mandársela á papá.

Tuyo siempre,

*Luis.*

*18 Febrero.*

Mi querida Lola: Ya soy un francés completo, ó mejor dicho, un belga; hablo con facilidad el idioma, y los profesores están muy contentos conmigo; me nombran muchos días para los trabajos de campo con los alumnos de último año, porque tengo mucha afición y porque mi papá lo recomendó especialmente cuando estuvo aquí. Al verme con el traje de faena no me conocerías, trabajamos como los mozos, pero como nos dá ejemplo el Sr. Director, que es un sábio ingeniero, no lo tomamos por baja como los señoritos de mi tierra.

Voy á pedirte que me hagas un encargo; aqui tenemos muy buenos Museos y Gabinetes atestados de instrumentos científicos, pero no nos dejan los aparatos más que á las horas de clase y delante de los profesores, y como yo quisiera trabajar en mi cuarto algunos ratos, te agradecería que digas á mi papá que me mande dinero para comprar un microscópio para el estudio de Botánica. No lo olvides.

Dime qué tal habeis pasado el Carnaval y sobre todo dime algo de tu hermanito, que por lo visto ya no es primo mio. Cumple mi encargo y acuérdate de

*Luis.*

*16 Marzo.*

Mi inolvidable Lola: Estoy de enhorabuena; se han verificado los exámenes parciales de semestre y he ganado



muchos puntos; los profesores habrán mandado ayer las notas á papá y supongo le agradarán. Dime si está contento, pues en sus cartas me llena de sermones como si me portase mal, pero siempre hace lo mismo y creo no será el enfado más que fingido.

Hoy han cambiado todas las horas de clases y prácticas porque entramos en el *semestre de estío* como aquí le llaman.

Muchas gracias por lo bien que has cumplido mi encargo, he comprado un microscópio bastante bueno y al Sr. Director le ha gustado que haya hecho tal compra.

Respecto á lo que me dices de que mis cartas son poco cariñosas para un novio, te explicaré la causa: no es falta de cariño, sinó que siempre que escribo suele haber conmigo algún compañero, y como todos son jóvenes y bromistas, si te pongo tonterias se rien de mi, por lo cual cuando vaya á esa para el verano te diré todas las flores y finezas que ahora omito. Tuyo

Luis.

28 Mayo.

Querida prima: No estrañes que haya estado sin escribirte tanto tiempo; tienes razón al incomodarte pero si vieras lo que tengo que estudiar, dibujar, escribir y trabajar en el campo, comprenderias que no puedo hacer más.

En mi sección somos diez belgas, dos rusos, tres franceses, un inglés, dos cubanos y yo; por las notas del semestre ocupo el tercer lugar de la clase y poco he de poder ó para los exámenes de fin de curso he de plantar el pabellón de Villarutina en el primero ó segundo puesto. Me entusiasmo al pensar en el rato que pasaría mi papá si yo ganara el número uno, y sobre todo que aqui dicen que los Españoles estamos muy atrasados y yo quiero defender á España.

El número uno es el inglés, tiene más puntos que yo en matemáticas pero le gano en los trabajos de campo; el dos es un belga y á ese ya casi le tengo cogido, pero es muy aplicado y se defiende mucho.

Esta semana entro de servicio en la vaquería del colegio y tengo á mi cargo el cuidado de dos magnificas vacas holandesas. En cuanto vaya al pueblo diré á mi papá que compre vacas y les haré una cuadra modelo como la de aquí. Voy á volver mi casa al revés.

*Luis.*

*31 Julio.*

Mi queridísima Lolita: Dentro de quince dias tendré el gusto de verte y me parece un sueño el que yo pueda volver á casa después de tanto tiempo de ausencia. Estoy deseandò que llegue el dia de la marcha.

El Sr. Director me ha dicho que tengo que llevar una porción de trabajos preparados para que no me pase las vacaciones hecho un vago. Mañana me examino y estoy empollando como un héroe; las notas de Julio deben ser buenas y espero quedar bien, pues aquí no basta el exámen para ganar curso sinó que tienen en cuenta las notas del año.

Ya estoy pensando en las innovaciones que voy á decir á papá que haga en la labranza en cuanto llegue á esa; ¡qué máquinas! ¡qué casa, qué establos! la mar, chica, la mar.

Pero yo te escribo y te escribo, y me olvido de que sólo me faltan doce horas para entrar en capilla.

Tuyo

*Luis.*

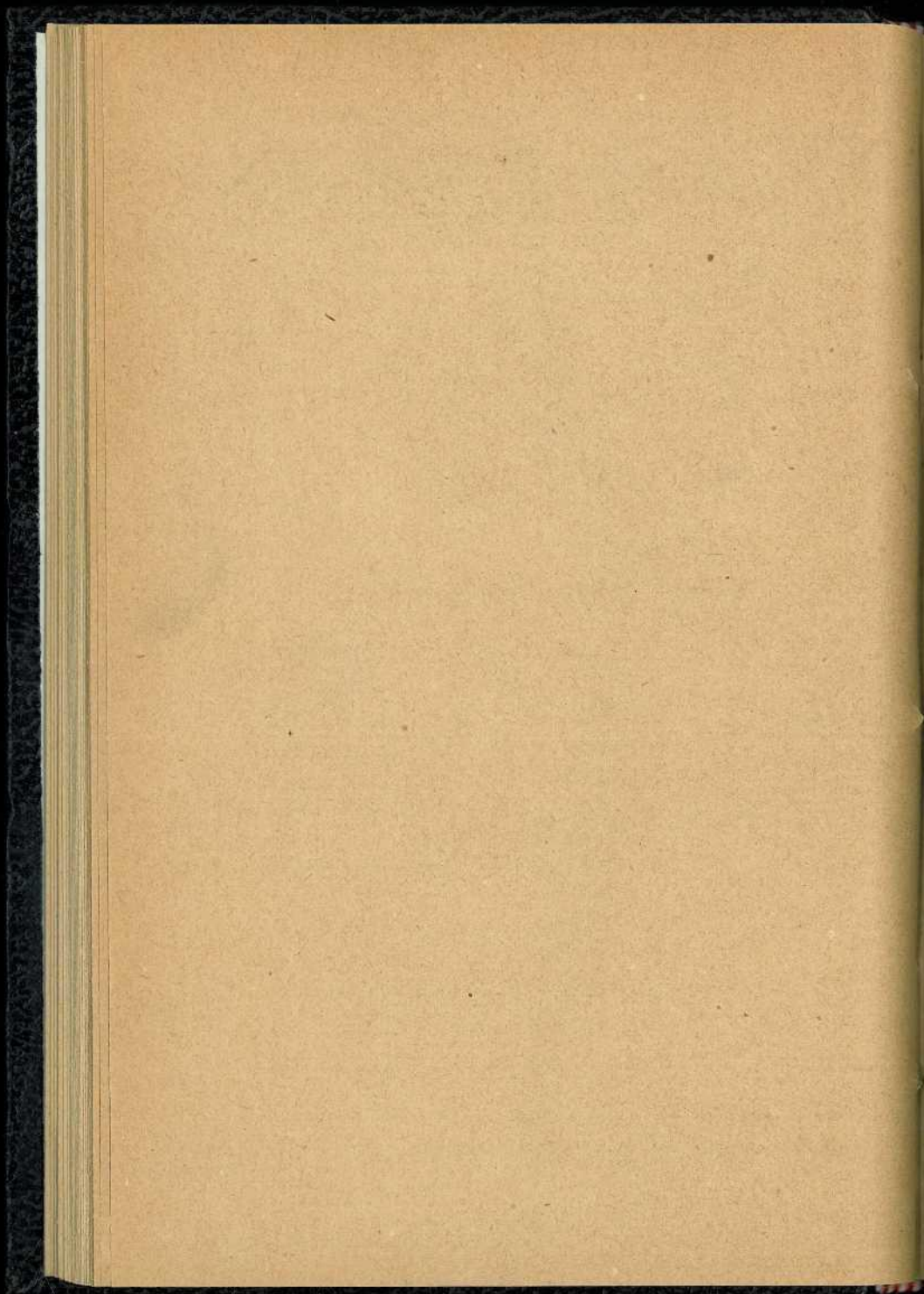
*5 de Agosto.*

La Comisión inspectora del Colegio presidida por el Inspector general de Agricultura de Bruselas y el Alcalde de Gembloux, presenciaron los exámenes; he salido al pelo; cayeron el inglés y el belga, y soy el uno para el segundo año. Mañana tomo el tren de Francia y dentro de tres días, allá. No me vais á conocer. Adieu mademoiselle.

*Luis.*

Dejemos el paquete extranjero y vamos á ver el otro, que con lo leído basta para comprender que Luisillo está en buenas manos y en camino de ser un hombre.







## CAPÍTULO VI.

---

### Un curso de Derecho.

---

---



A hermosa letra inglesa del dibujante belga, ha pasado al fondo de la cajita de raso azul y en las manos tenemos un paquete de sobres garrapatosos y desiguales, casi todos sellados con un timbre que dice «Casino de Lope de Vega.»

No desconfiemos del contenido de los sobres por su aspecto exterior, por aquello de que muchas veces debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor; siga el análisis y esperemos.

..... 10 Octubre.

Mi querida hermana: Cumpló la promesa que te hice de escribir dando noticias de mi nueva vida.

Mi patrona, que se llama D.<sup>a</sup> Silveria, es una señora muy amable y cariñosa, viuda de uno que fué portero de la Audiencia de Madrid.

La buena mujer se desvive por complacerme y me pregunta cien veces al día si estoy contento y si quiero comer tal ó cual cosa, cuyas atenciones demuestran que es una persona de buena educación; dice uno de mis compañeros que eso lo hace al principio pero que después es una fiera, yo creo que será una broma de mi amigo.

Vivimos en la casa, dos vascongados que estudian Medicina, un zamorano que es de mi año y yo; nos llevamos todos muy bien pero los dos que estudiamos Leyes no salimos de paseo con los otros porque se retiran á las tantas de la noche y D.<sup>a</sup> Silveria se enfada; tiene razón, porque yo no sé que hacen é esas horas por la calle.

Las clases las tengo desde las ocho de la mañana hasta las doce y media, todas de un tirón, así es que me paso la mañana en la Universidad; por la tarde, después de comer, voy con mi compañero á dar una vuelta por las calles y después nos venimos á casa á estudiar las asignaturas que son tres, Historia, Literatura y Metafísica; á las nueve cenamos y á la cama; cuando ya estamos cansados de dormir nos despiertan los vascongados que se retiran entónces del café.

Ya te escribiré á menudo y te daré detalles de todo, dá recuerdos á nuestros papás y recibe el cariño de tu hermano

*Manuel.*

*7 Noviembre.*

Querida hermana: Si escribes á Luis le das las 'gracias por sus recuerdos, yo también tengo que escribirle pero no sé cuándo va á ser.

Hoy he pasado un mal rato, porque me ha preguntado el profesor de Historia y no supe la lección. La causa de no haberla estudiado fué: que ayer domingo después de comer se empeñaron los vascongados en que fuera con ellos á los toros; después estuvimos en el café, y luego nos fuimos al teatro.

Mis amigos gritaban mucho y echaban flores á las bailarinas con tales palabras, que dos ó tres veces nos dijo un municipal que nos iba á llevar al cajón; volvimos á casa á las doce y todavía querían los otros ir á tomar buñuelos, pero yo no quise. Esta mañana me riñó D.<sup>a</sup> Silveria porque dice que me voy á hacer un perdido; te parece? la tía meticona!

Lo peor fué lo de la plancha en clase, no se lo digas á papá y avísame si se lo escribe el encargado. Tu hermano

*Manuel.*

*Diciembre 2.*

Querida Lola: Te escribo para que digas á mi papá que ya no entramos en clase, y que si le parece bien irá á esa el sábado; los vascongados se fueron anoche á Vitoria y el zamorano marcha mañana; los profesores no toman á mal el que no entremos y uno de ellos se irá el día 5 á Madrid.

Ayer tuvimos la gran bronca con la patrona porque la rompimos un quinqué, jugando con los bastones; dice que cuando las cosas se rompen por el uso, puede pasar, pero que romperlas por jugar es una salvajada; valiente bruja!

Ahora voy algunos ratos al café con los vascongados, porque las noches se hacen muy largas estudiando, pero me retiro antes que ellos; yo creía que eran unos perdidos pero no es así, y el hablar mal de tan buenos amigos fué

por los cuentos y chismes de D.<sup>a</sup> Silveria, que es capaz de desacreditar á un santo.

No dejes de decir eso á papá y hasta el sábado.

*Manuel.*

*15 de Enero.*

Mi querida hermana: Conforme te dije en esa, me hice socio del Casino de Lope de Vega porque es más elegante que el café; allí va mejor gente y hay menos ruido. Los vascongados también son socios y pasamos los grandes ratos jugando al dominó.

Doña Silveria está furiosa porque dice que ya estoy como los otros, pero no hay que hacerla caso porque siempre está hablando demás.

Algunas noches salimos de *pira* y como hace tanto frío y por la noche todos los gatos son pardos, me he comprado una boina como las de los vascongados y vamos hechos unos ratas.

No creas que por eso dejo de estudiar, al contrario estudio más que antes, porque nos reunimos todos los de la casa en un cuarto y cuando alguno tiene una duda la consulta con los otros; la patrona critica esto diciendo que nos juntamos para charlar y perder el tiempo, pero, quien hace caso de tal esperpento!

Dá mis afectos á todos y recibe un abrazo de tu hermano

*Manuel.*

*Febrero 22.*

Queridísima Lola: Voy á pedirte un gran favor, pero no digas nada en casa; me ha pasado una desgracia que te voy á contar.



Hace pocas noches, salí de paseo con los vascongados y cuando ya volvíamos á casa dijo uno de ellos que si queríamos subir á ver jugar á la banca en una casa de juego que llaman «del Andaluz del Poniente» yo no queria subir de ninguna manera, pero tanto porfiaron que al cabo les acompañé. Entramos en una sala alumbrada con luces de gas y vi allí una porción de estudiantes, cadetes y personas mayores alrededor de una mesa, mirando con mucha atención á un señor de muy mala cara que tenia una baraja en la mano y estaba *tallando*, según decían mis amigos; todos aquellos hombres ponían dinero á una de las dos cartas que el tallador ponía sobre la mesa y si venía primero aquella carta ganaban, pero si salía la otra perdían.

Uno que estaba á mi lado tenía un duro, le puso, y ganó y al cabo de un rato hizo dos mil reales; al ver aquello puse yo tambien un duro á una sota, el banquero empezó á echar cartas, y yo estaba temblando por mi duro, al cabo vino la sota y le gané, puse los dos duros, como hacia mi vecino y los perdí; quise recuperar el mio para marcharme á casa y perdí el billete de cincuenta pesetas que me dió mamá para el traje.

Tén compasión de mí, Lolica, y mira á ver si puedes mandarme tu ese dinero, porque si papá lo sabe me mata; yo te doy palabra de no volver á entrar en esa casa.

Sabes te quiere

*Manuel.*

*Marzo 15.*

Dios te pague, mi querida Lola, el favor que me has hecho mandándome los diez duros, tienes mucha razón al reñirme pero yo te prometo que no volveré á jugar á la banca. No se me olvida el rato que pasé aquella noche al

quedarme sin el billete; desde aquel momento odio al tío de la mala cara que estaba tallando; casi todos los días le veo de paseo con el inspector de policía y me dan ganas de pegar á los dos.

El pobre Luis tiene sobrados motivos para estar descontento de mí, pero dile que ya le escribiré.

Ayer estuvimos de baile en el Casino, y pasamos la gran noche, después del baile fuimos á la buñolería donde nos divertimos en grande oyendo cantar flamenco á unas chulas muy graciosas; cada día me gustan más los vascongados, pero no digas nada á papá de estas diversiones porque se enfadaría.

Me gusta mucho la vida de la población porque entre esto y el pueblo no hay comparación posible. Algunos días no voy á la clase de las ocho de la mañana porque es muy cursi eso de levantarse tan temprano, pero sé bien la asignatura y no tengo miedo. Muchas mañanas por no estropear el sombrero voy con la boina á la Universidad; los vascongados no pueden hacerlo porque tienen un catedrático gallego, muy listo y muy nervioso que les ha dicho que el que lleve boina no gana curso, ¡que cosas tienen los catedráticos!

Repito las gracias y hasta otra

*Manuel.*

*Abril 17.*

Querida hermana: Eres una tonta al echarme esos sermones en tus cartas; ya sé yo lo que hago y si sigues con ese sistema de misionera no te vuelvo á escribir; lo de la boina lo hacen todos, y el faltar á la clase de las ocho no es una cosa del otro jueves.

Aquí hace un tiempo hermoso y están los paseos muy concurridos, yo estoy haciendo el amor á una chica muy

guapa y ya te daré cuenta de lo que me conteste. Estoy aburridísimo de pensar en que dentro de dos meses estaré metido en aquel villorrio sin cafés, teatro ni casino, pero hay que tener paciencia, en cuanto sea abogado diré á papá que me busque un destino y me quedará por aquí, anda y que luche el diablo con aquellos tíos!

La patrona no me puede ver; dice que estoy hecho un holgazán y que cuando venga mi papá le va á contar que se yo cuantas cosas, es una tía y la culpa la tengo yo en ser tan considerado con ella, lo que yo debía hacer es lo que hacen los otros, que no la pagan y además alborotan mucho cuando está la sopa quemada porque venimos á comer á las tres, ó cuando se duerme la criada y tarda en abrir la puerta de la calle por la noche. Es peor ser bueno

*Manuel.*

*Mayo 30.*

Queridísima, cariñosísima y apreciable hermanita mia: Perdóname las atrocidades que te dije el otro dia, y prepárate á salvar á tu pobre hermano, que está en grave peligro.

Hoy nos han despedido los profesores y nos han dicho que somos unos vagos y que nos van á suspender á todos.

Haz el favor de decir á papá que escriba á D. Isidoro el diputado para que me recomiende al señor Rector, y procura conseguir que mi tío Pedro obtenga de su amigo el Sr. López de Villacualquiera una carta para su hijo el catedrático. Por Dios, Lola, mira por mí porque si no lo haces me cuelgan.

No te escribo más porque hace cinco noches que no me acuesto por estudiar y no puedo tenerme de sueño.

*Manuel.*

*Junio 8.*

Olé por mi hermana; gracias, chica, me has salvado; he tenido la gran suerte. Me han salido en los exámenes algunas de las pocas lecciones que sabía, y entre eso y los *ganchos*, con cuatro preguntillas he colado. Estoy contentísimo y sólo me azara el viaje al pueblo. Hasta mañana.

*Manuel.*

El tiempo corre, la misa debe estar tocando á su fin y es expuesto seguir de curioso, porque si nos pescan los dueños de la casa, tomarán á mal nuestro atrevimiento. Queden los papeles colocaditos como si nada hubiera pasado y dejando el cuarto de Lola, huyamos á la calle, que para muestra basta un botón y bastantes botones hemos visto ya para comprender que la toga que están confeccionando á Manolito entre la Universidad y los vascongados, no es de tan fino paño como el traje de campo del colegial de Gembloux.

Y sino, al tiempo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

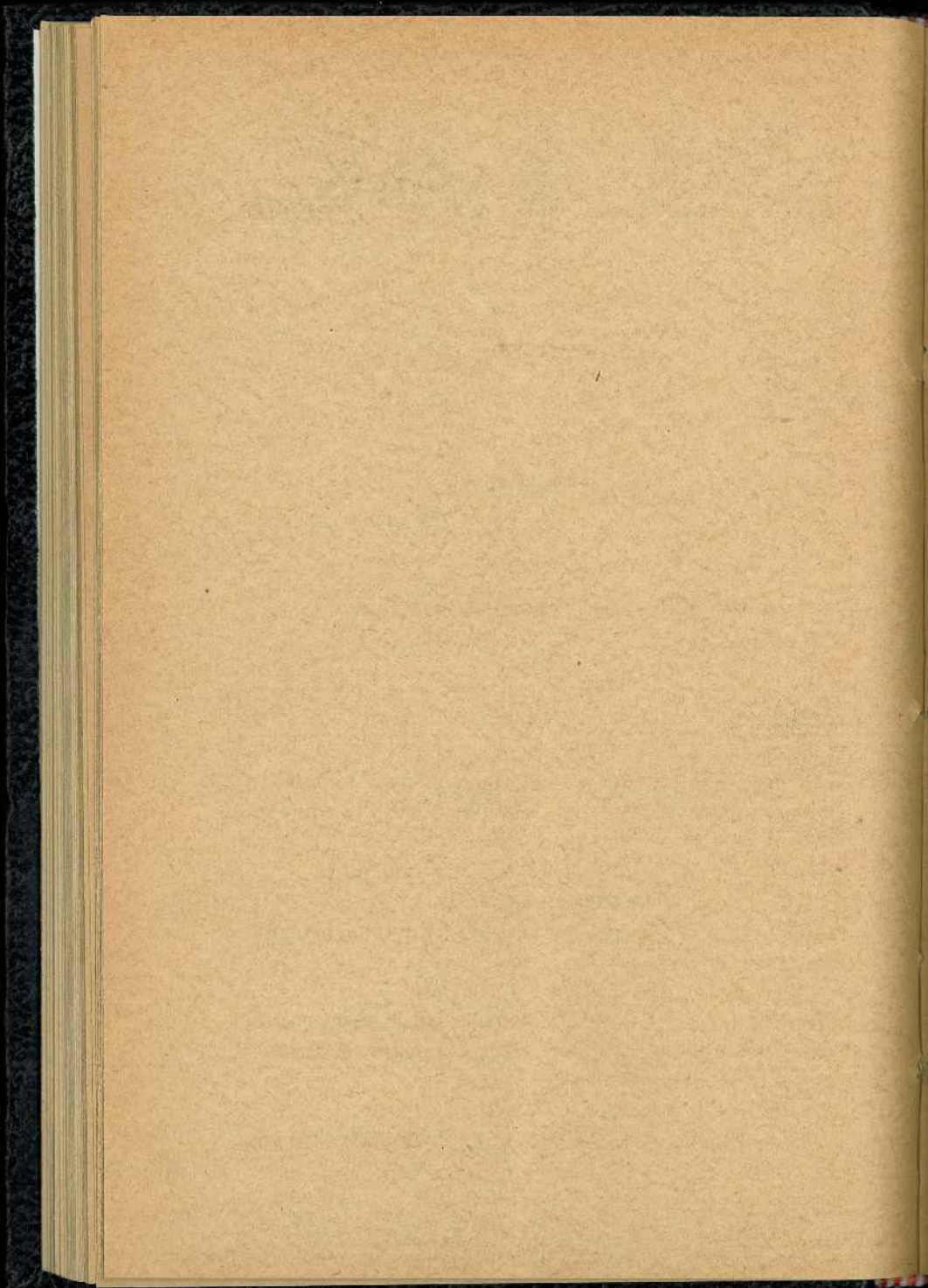


SEGUNDA PARTE.



Las consecuencias.







## CAPÍTULO I.

---

### Pláticas de familia.



SIEMPRE has tenido la manía de creer que tu hermano es un Salomón que no se equivoca nunca.

—No es manía, hija, no es manía.

—Pues no he visto cosa más parecida.

—Es el convencimiento que tengo de que mi hermano vale más que yo.

—Si, vale mucho!

—Dáale, dáale firme; al que fuera capaz de convencerte, cuando te empeñas en que lo blanco es negro, le daría yo la cruz de san Fernando.

—Eso es, insúltame.

—Que insultos ni que ocho cuartos, ¡caramba! ya me voy

yo quemando y requemando con tu terquedad; digo y repito que mi hermano vale más que yo y que en esta ocasión lo ha demostrado bien á las claras, ¡ah! si las cosas pudieran hacerse dos veces!

— Qué harías?

—Rendirme á discreción ante los sabios razonamientos de mi hermano Pedro y en vez de discutir con él como lo hice en la Fuentecilla mandar á Manolo á Gembloux para que le hicieran hombre como á su primo Luis; con eso no tendríamos ahora estos belenes.

—No veo que belenes hay.

—Pero mujer de Dios, tienes la cabeza más dura que la piedra, conque no son belenes los que nos ha traído Manolito con sus dichosas Leyes? pues te los voy á repetir por si se te han olvidado: Después de gastar un dineral en la carrera vino al pueblo; es verdad?

—Si.

—A los dos meses se puso irresistible, conque si aquí no había café, que esto era un presidio, que aquí no había con quien tratar, y mil chinchorrerías más, adornadas con una cara de mal humor puesta á diario desde por la mañana hasta por la noche, y con no hacer absolutamente nada en todo el día; es cierto?

—Cierto.

—De resultas de esto tuvimos que pensar en sacarle de aquí por no verle siempre con aquella cara y aquellos hechos: es verdad cuanto digo, si ó no?

—Sí que lo es.

—Para sacarle, no escribimos á D. Isidoro el diputado pidiéndole un empleo para Manolo?

—Si.

—Y por el tal y maldito empleo, en mala hora otorgado por el cacique, no estoy en estos momentos en berlina con



mi hermano, en berlina con todo el pueblo y hasta en berlina con mis propios intereses?

—Pero por qué, hombre, por qué?

—Si te empeñas en no convencerte perdemos el tiempo. D. Isidoro ha votado en las Córtes contra el impuesto sobre la Renta, D. Isidoro ha nombrado alcalde de la Villa al tío Enredos que en unión de Amaños el secretario están saqueando al pueblo sin rendir una sola cuenta municipal, don Isidoro favoreciendo al Ferro-carril del Norte entorpece la prolongación del tranvía de Riomojado que tantos beneficios nos produciría, D. Isidoro está siempre al lado del Sol que más calienta y nunca de nuestros intereses, y sin embargo por las malditas dos mil pesetas que mi señor hijito cobra, estoy atado de piés y manos y tengo que apoyar todos los manejos y zorrerías de tal bribón. Dentro de unos días son las elecciones y contra viento y marea de todo el mundo y contra mis propias convicciones, que no puedo descubrir más que entre nosotros dos, tengo que echar los bofes por defender la candidatura de ese hombre funesto que me tiene cojido por los cabezones por no haber hecho en tiempo oportuno lo que con gran criterio hizo mi hermano Pedro. Si estos no son belenes, venga Dios y véalo.

Y D. Andrés Cómo, que según habrán comprendido ya nuestros lectores era el que sostenía el diálogo precedente con D.<sup>a</sup> Manolita, quedó en actitud pensativa y apoyó la cabeza entre las manos como si esta no pudiera sostener por sí sóla el peso de tantos errores.

Trascurrieron algunos minutos sin que D.<sup>a</sup> Manuela contestara á su marido porque las razones de éste no tenían réplica, pero al cabo de un rato envalentonada con su instintiva terquedad y ayudada por el gigante de la rutina que todo lo bastardea y avasalla en esta desgraciada

región castellana, la buena señora exclamó con voz chillona y atiplada:

—Pues todos hacen igual, con que mal de muchos...

—No es cierto, dijo D. Andrés amostazado ya del todo y dando un tremendo puñetazo sobre la mesa del comedor en que se verificaba la presente escena, no todos hacen igual, porque mi hermano, gracias al acierto en la elección de carrera para su hijo se ríe del cacique y tiene en casa un elemento de riqueza y auxilio que en nosotros se ha transformado en elemento de perdición. ¿No volvió Luis á los cuatro años de Bélgica habiendo gastado ménos que nuestro Manuel?

— Eso sí.

— No se hacía lenguas todo el mundo y se las hace hoy lo mismo, de la finura, de la ilustración y del adelanto de nuestro sobrino?

—Habladurías y armas al hombro.

—Sí, niega cuanto quieras, niega, pero por eso no dejará de ser cierto y muy cierto que Luis se pasaba el día dibujando mientras Manuel estaba tumbado en las parvas de la era, que Luis ha transformado la casa de su padre, que hoy es la más artística del pueblo, que con el análisis que el muchacho hizo de los picones de San José que jamás dieron trigo, y los abonos que él aplicó, hoy coje Pedro cien cargas más de grano que antes, que las ovejas de mi hermano no padecen la mitad de las enfermedades que las ovejas de los demás, y por último que no hay más que ver el cuarto de Luis, lleno de libros, de dibujos, de aparatos, de muestras clasificadas de tierras y semillas y ver el cuarto de nuestro hijo ostentando por ajuar instructivo dos grabados de *La Lidia*, un látigo y una escopeta, para comprender que Luis es un hombre y Manuel es un ganso.

— Vaya una manera de querer á tu hijo!

—Pues porque le quiero digo eso; porque le quiero y me duele verle sugeto en una oficina en vez de verle independiente como su primo, y sobre todo porque me dá una vergüenza cada vez que veo á Pedro, que á pesar de lo mucho que le quiero procuro verle lo menos posible porque su vista me llena de pesares y confusiones al recordar que mi hijo podia estar como Luis si yo no me hubiera dejado dominar por las rutinas y tradiciones de este pais.

Como ya hemos dicho que D. Andrés era un hombre de buen sentido, aunque dominado por las rancias costumbres de su tierra, no estrañarán nuestros lectores que en sus intimidades se expresára el hombre de una manera tan sensata; pero desgraciadamente no seguia tal conducta más que entre bastidores, y por fuera continuaba dirigiendo el coro de opositoristas á D. Pedro y á su sistema, diciendo á voz en grito que al fin y al cabo, Manuel estaba en un Ministerio donde se crearia nombre y reputación, mientras que Luis estaba arrinconado en el pueblo, sin ser conocido más que de sus papelotes y pinturas.

La debilidad de estos argumentos se veía bien clara en que ni á su mismo autor le pasaban de la epidermis para adentro y solo los sustentaba por llevar la contraria á D. Pedro y no dar el brazo á torcer, confesando que en el día de la disputa de la Fuentecilla, separado del presente por un lustro y algunos meses, la razón estaba de parte del padre de Luis.

Desde aquel día, los hechos vinieron á demostrar la verdad de las opiniones del Sr. Cómo mayor y D. Andrés vió su camino sembrado de todos los disgustos y sinsabores que con tal precisión oyó profetizar entonces.

La última tormenta que se habia desencadenado en la familia Cómo, gracias á la *toga* de Manuel, era la producida por las próximas elecciones de que hemos oido hablar

á D. Andrés, D. Pedro y algunas otras personas independientes, cansados de sufrir el yugo del cacique D. Isidoro, habían resuelto presentar candidato por el Distrito de Villaotra, Villacualquiera y Villarutina, á D. Pedro López de Villacualquiera, el viejo y honrado hidalgo que conocimos en la «Tierra de Campos» el cual se presentaba con el carácter de independiente para que ningún compromiso de partido le obligara á faltar á los intereses de los electores.

Enfrente de esta candidatura que tan provechosa era para el país castellano, presentábase la de D. Isidoro Buena-  
pieza, el gran cacique de Villacualquiera, con todo el apoyo oficial y una careta, ya de todos conocida, de protección á los intereses agrícolas, hácia los cuales sentía el candidato el mismo apego que los Alsacianos hácia Bismark.

Buenapieza escribió á D. Andrés, le recordó el cercano servicio del empleillo de Manolo, y el Sr. Cómo menor no tuvo más remedio que romper con su hermano, con su conciencia y con todo, para ponerse á las órdenes del cacique que tan bien tenía cogido entre sus redes al incauto elector.

En el día que nos ocupa, habían tenido los dos hermanos una tremolina de las de pp y doble u, sobre el tema de marras y de resultas de la desazón vinieron los desahogos y lamentaciones que á D. Andrés acabamos de oír al hablar confidencialmente con D.<sup>a</sup> Manolita.

Pero cómo trás de la tempestad viene la calma, entre los discursos de D.<sup>a</sup> Manuela por una parte, y los retortijones del amor propio sublevado por otra, volvió á ofuscarse el sentido común de D. Andrés Cómo y dejando su casa y sus remordimientos, montó á caballo y se echó á dar vueltas por los pueblos comarcanos en busca de votos para D. Isidoro.



## CAPÍTULO II.

---

### **Una conferencia agrícola interrumpida por un drama.**

---



VILLARUTINA está de elecciones; los vecinos han acudido al colegio electoral, y las eras, á pesar de no haberse terminado aún los trabajos de la recolección, están desiertas; toda la vida del pueblo está concentrada en la *Casa de la Villa* junto á las urnas del sufragio.

Haremos sin embargo una escepción.

Algo separada del núcleo de las eras del Lugar hay una cuyo aspecto se distingue del de las otras. En vez de ser una simple pradera rala, sin más abrigo para los obreros que una choza de adobes, ni más refugio para el ganado que unos cuantos maderos clavados en el suelo alrededor

de un montón de avena, la era en que vamos á fijar nuestra atención era un rectángulo cuyo lado mayor tendría unos cien metros y el menor veinticinco; coincidiendo en sus lados mayores con los menores de la era había dos cobertizos tambien rectangulares, de airosa construcción, en uno de los cuales existía una elegante caseta destinada á cobijar los mozos de labranza, y una cómoda y desahogada cuadra para el ganado. En el cobertizo del lado opuesta se guardaban los carros y los instrumentos agrícolas.

En el centro del rectángulo general, y paralelo á los cobertizos laterales existía un tercero cuadrado y mayor que los otros, bajo el cual se veía una trilladora á vapor sistema Marshall, absorbiendo por la tolva superior inmensos brazos de bálago que salían por las aberturas inferiores convertidos en menuda paja y limpio grano.

Distinguíase también la era descrita de las demás, en que así como estas estaban llenas de parvas ó montones de mies trillada y de *medas* de bálago expuestas todas á los rigores de la intemperie, interin el señor de sol no se mostrara propicio á la *trilla* y el señor de aire á la *limpia*, en aquella era no se veían más mieses que las que estaban alimentando á la trilladora, lo cual daba á entender que allí se recogían diariamente los productos de las faenas agrícolas.

A la puerta de la caseta mencionada, sentados en dos mecedoras de mimbre y resguardados del sol por el tejado del cobertizo, D. Pedro Cómo y su hijo Luis presenciaban la faena de la trilladora alrededor de la cual varios criados trabajaban, defendidos tambien de las caricias de Febo por el cobertizo central.

Al lado de Luis se hallaba descansando el tío Lúcas, viejo gañán que desempeñaba en la casa las funciones de mayoral desde 30 años antes y cuyas atribuciones habían

venido muy á ménos desde que los conocimientos de Luis habian hecho que en la labranza de D. Pedro no se necesitaran directores sino auxiliares. El tío Lúcas sintió siempre por Luisillo una afición entrañable, pues le habia visto nacer, pero desde que el jóven ingeniero empezó á hacer *milagros*, como decia el viejo, el afecto del tío Lúcas se trasformó casi en una especie de culto idólatra, y no sabia dar un paso sin el permiso del amito.

Alguna que otra vez solían tener Luis y el tío Lucas sus discusioncillas, en las cuales se defendía el mayoral como gato panza arriba, antes de rendirse ante las innovaciones del belga, pero al fin quedaba la victoria por éste, porque casi siempre estaba de su parte la razón.

D. Pedro se mantenía neutral en estas batallas, pues habia abdicado por completo sus poderes en Luis, convencido de que éste sabia muy bien lo que traia entre manos y de que sus empresas eran todas producto de cálculos racionales y científicos que no tenían vuelta de hoja.

Digamos la conversación que sostenían el ingeniero y el mayoral.

—Digas lo que quieras, me paice una atrocidad eso de cambiar la tierra del Parral por la del tío Justo.

—V. qué sabe! inocente.

—¡Retroncho! pues no he de saber, si cuando á ti te bautizaron, ya hacía seis años que yo andaba al campo!

—Todo ese tiempo ha perdido V.

—Si habré perdido, pero para saber que la tierra del Parral es de las de primera, y la de Justo es una porqueria, no necesito de naide.

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé; pero cuántas veces quiere V. que le diga que la tierra del tío Justo está pegando con la nuestra de los Cigarrales, y lo que yo quiero es ir poco á poco haciendo un coto, que es mi ideal? si la tierra es

mala, no se apure V. que ya la haremos buena como hicimos los picones de San José, á pesar de que V. dijo que si allí nacía trigo se dejaba cortar una oreja.

—Si que es verdad, retroncho, bien dice el refrán que «el abono no es santo pero hace milagros» pero lo que es la tierra del tío Justo, es mu malaza.

—Ya la haremos cambiar; precisamente tengo en ensayo unas sales minerales que espero me den un gran resultado.

—Pué que te pase lo que á D. Blas Lino, que perdió un año toa la cosecha por echar eso de los minerales.

—Pero criatura, ¿quiere V. que le vuelva á repetir por milésima vez, por qué perdió la cosecha D. Blas Lino?

—Si, si, dímelo, porque cuando te oigo me convences, pero luego se me olvida lo que ices y guelvo á quedarme á oscuras.

—Escuche V. Las plantas son séres que tienen vida y muerte como nosotros, y que para vivir tienen que comer y beber como V. come y bebe; así como V. come carne, garbanzos, pan, etc., el trigo, por ejemplo, come unos cuerpos que se llaman nitratos, fosfatos, óxidos, carbonatos, etc; ahora bien, del mismo modo que V. moriría si le pusieran en un lugar desprovisto por completo de alimentos, así muere el trigo cuando le siembran en una tierra mala ó sea sin elementos de nutrición para la planta. Esos elementos se dan á la tierra por medio de los abonos, porque si se deja que el terreno les tome del aire solamente, les toma muy en pequeño y muy á la larga; es como si á una oveja en vez de darle un pienso, se le manda á comer á un rastrojo pelado, qué sucederá?

—Que pa encontrar un grano, tié que dar el pobre animal cien vueltas, mientras que en el pesebre come los que quiere.

—Perfectamente, el abono es el pienso de las tierras.



Oiga V. bien lo que voy á decir: así como las personas se mueren de cólico, con las plantas sucede lo propio; y eso es lo que le ha pasado á D. Blas con sus abonos. Para abonar con inteligencia y provecho un terreno es preciso saber qué elementos necesita la tierra y qué elementos se le dan con el abono. El señor Lino compró unos abonos minerales cuya composición química desconocía por completo y los aplicó á una tierra cuyas necesidades desconocía también; qué tenía que resultar de tal desatino? un buñuelo; y así sucedió. Figúrese V. (que todo pudo suceder puesto que Lino no sabía la acción técnica de sus abonos) que aquella tierra tenía los suficientes nitratos para producir trigo y en cambio era pobre en fosfatos, vino mi D. Blas y sin encomendarse á Dios ni al diablo encajó al terreno unos abonos ricos también en nitratos y desprovistos de fosfatos; resultado: que la planta que antes moría de hambre de fosfatos, después de la operación murió de esto mas del cólico de nitratos, es decir, que en vez de un remedio se produjeron dos males. Pero esto fué porque tuvieran la culpa los abonos? no señor, quien la tuvo fué la ignorancia del que los manejaba. Comprende V?

—Si; que icir que es como si á un hombre que necesita carne y tié pan de sobra le dan otro pan y le dejan sin carne.

—Comprendido; eso es lo que ha hecho D. Blas Lino y así le ha salido ello. Otra cosa bien distinta hice yo con los picones y lo mismo haré con la tierra de Justo; empecé por llevar á mi casa muestras de la tierra, vi qué elementos tenía y cuáles no y en vista de esto apliqué las sales que juzgué oportunas después del análisis practicado. De esto á lo de Lino hay cien leguas.

— Bien, bien, pero si la tierra del Parral es mejor que la de Justo, por qué las cambias?

—No le he dicho á V. ya que es para reunir todas las tierras en un solo pedazo ó sea para hacer lo que se llama un coto?

—La verdad es que así se ahorraria uno muchos paseos.

—Pues claro, Lucas, pues claro, no puede V. formarse una idea de las ventajas que los cotos traerian al Agricultor; el ahorro del tiempo que ahora invierte en ir de suerte á suerte, la mayor vigilancia que podria ejercerse sobre los sembrados, la aplicación, ahora difícil, de las máquinas regadoras, y la mejor disposición para el día en que puedan regarse los plantíos.

—Eso sí que no es posible, como Dios no quiera que llueva.

—Calle V. tío Lucas, valiente idea tiene V. de la misión del Todopoderoso al figurarse que está en su trono para servirle á V. de regador. El Altísimo creó al hombre, y al crearle le dió las suficientes facultades para andar solito por el mundo, reservándose el derecho de juzgar despues el buen ó mal empleo de dichas facultades, pero si el hombre en vez de utilizar las facultades recibidas se tumba á la bartola y deja al cuidado del cielo el desempeño de las propias obligaciones, supongo yo que en las regiones celestes se tendrá á los mortales por unos holgazanes de siete suelas, El agua..., el agua,... no es tan difícil como parece hacer algo, si se quisiera, pero desgraciadamente no se quiere.

—Mira Luisin, yo creo que tu sabes mucho, pero eso de que se pueda regar el campo sin que llueva me paice un poco gordo.

—Es la cosa más sencilla del mundo; cuánto cree V. que pierde un labrador, que tenga un par de labranza, sino llueve un año?

—Toma, pues lo menos seis ú ocho mil reales.

— Bueno, y si V. fuera labrador, daría V. 25 duros anuales por espacio de diez años á condición de tener agua segura siempre?

— Ya lo creo y también 50.

— No, basta con los 25 cada año; hay en la Tierra de Campos lo menos cinco ó seis mil pares de labor que producirían la friolera de treinta millones de reales, cuya suma mas las que pudieran aportar las industrias derivadas de la Agricultura y algunas otras profesiones interesadas más ó menos directamente en el florecimiento de aquella, sería suficiente para no tener riqueza tan inmensa é importante como la agrícola cosecha pendiente de un chaparrón más ó menos casual.

— Retroncho, sabes que eso si que sería la gran cosa, chico? miá tú que eso de poder icir «ahora quiero agua, pus ahora riego»; retroncho, retroncho si eso es tan güeno que paice un cuento!

— Y efectivamente pobre Lúcas, en cuento se han empeñado en convertir una cosa tan útil y factible, nuestros caciques y señorones; si en vez de los doscientos ó trescientos abogados que en Campos se dedican á hacer politica y á promover litigios por un quitame allá esas pajas, hubiera ese mismo número de ingenieros, peritos etc., que emplearan sus actividades en hacer algo por el progreso racional y técnico de la Agricultura, todo el mundo entraria tras ellos en el camino de los adelantos, del mismo modo que tras los actuales y perjudiciales caciques entra todo el mundo en el camino de la ruina, por ellos iniciado. En vez de luchar los pueblos porque el juez municipal sea blanco ó sea negro, que lucharan por ver quién producía más y en mejores condiciones, es decir, que en vez de haber caciques políticos, litigantes y vividores, hubiera caciques científicos, economistas y productores que conociendo

las verdaderas necesidades del país, pusieran el dedo en la llaga en vez de ladrar á la Luna como hoy se hace con suprimir en los presupuestos de la Nación, la escarola del loro, dejando organismos y centros administrativos costosos inútiles y trasnochados, y formando Ligas, infundios y otras inocencias que solo para alucinar á incautos sirven. Pero sin educación científica, sin elementos directivos competentes, qué hemos de hacer? yo por mi parte luchar como bueno hasta donde pueda y si sucumbo en la pelea, quedar con la tranquilidad de conciencia de no haber contribuido ni poco ni mucho á la ruina de Castilla.

—¡Retroncho! que tie razón; si tos los señoritos de por acá fueran como tú, estaríamos mejor, no es verdad don Pedro?

Este que estaba escuchando la conversación con la baba caida de orgullo de tener tal hijo, contestó haciéndose el distraído:

—¿Qué dice ese locatis?

—Casi nada, que podia tenerse agua segura para el campo sin que llueva.

—Todo seria cuestión de que hubiera energias y conocimiento para hacerlo, dijo D. Pedro.

—Ves, cabezota? ves como papá cree lo mismo que yo?

Y entretenidos de éste modo discutían amigablemente amos y criado, agenos á la lucha electoral una vez emitidos sus sufragios por D. Pedro López de Villacualquiera, cuando un incidente inesperado, dramático y conmovedor interrumpió el coloquio, llenando de emoción y sobresalto á los circunstantes.

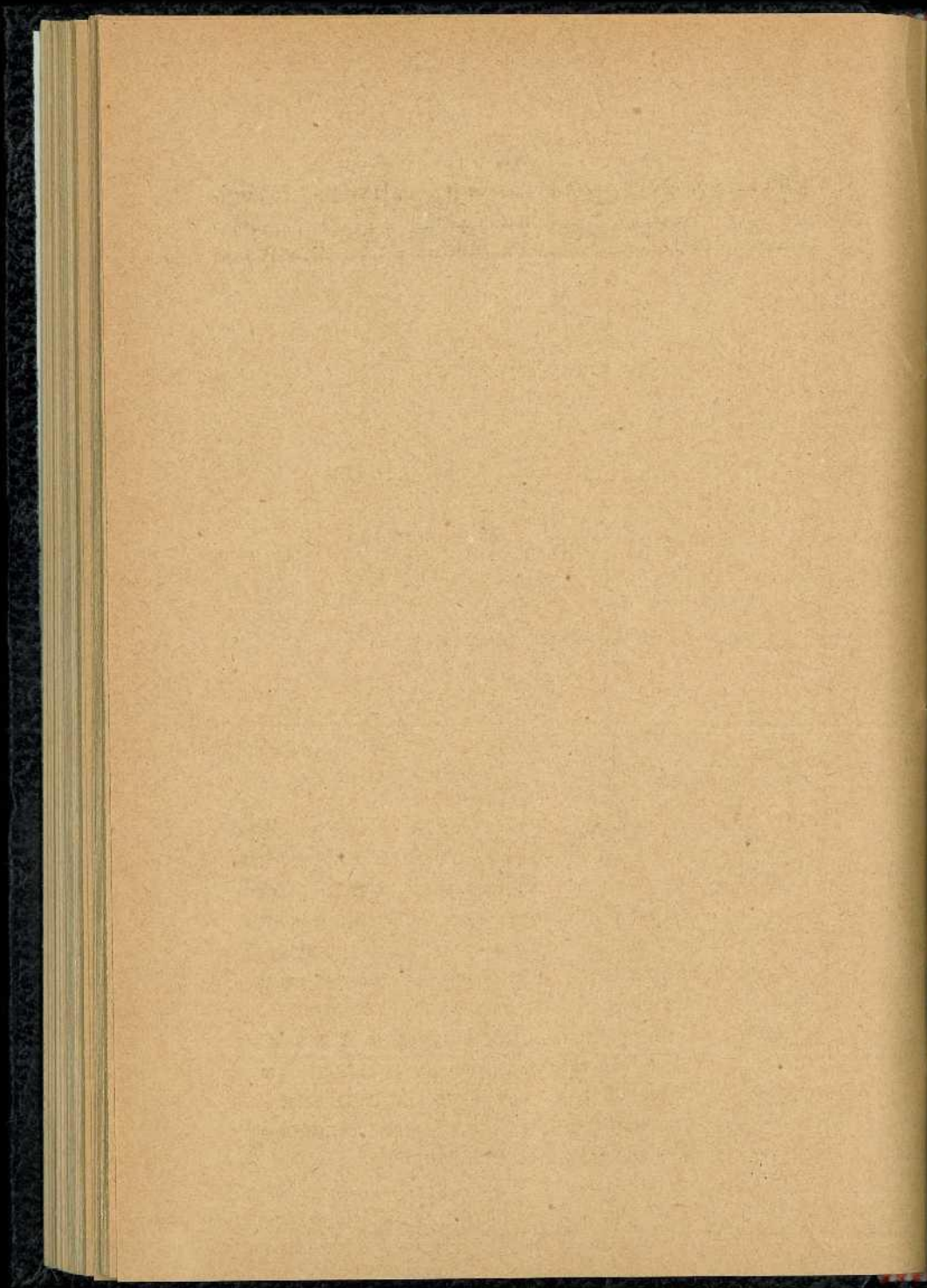
Por el camino que del pueblo conduce á la era de don Pedro apareció una mujer corriendo en dirección á la caseta; recorrió en dos minutos la distancia que la separaba de nuestros conocidos, y pálida, sudorosa, desolada, con el

pelo suelto, los vestidos llenos de polvo, la respiración agitada y sin poder apenas articular una frase, Lolita, que no otra era la recién llegada, cayó presa de un desmayo en brazos de Luis, después de pronunciar con gran trabajo estas palabras:

—Luis mío..... tío Pedro..... por Dios..... id corriendo á la Casa... .. de la Villa.... que. ... han matado á papá en la plaza.

Pasaron los correones de la trilladora á las poleas locas, se suspendieron instantáneamente los trabajos, y dos criados improvisaron con tablas y bálago una camilla en que conducir á Lola á su casa, mientras D. Pedro, Luis y los demás sirvientes corrían á la plaza para enterarse de lo ocurrido.







## CAPÍTULO III.

---

### El Drama.

---



ESGRACIADAMENTE era cierto.

Tendido en la tarima de la sala de juntas de la Casa de la Villa, donde se hallaba instalada la mesa electoral, pálido, rígido, rodeado de un charco de sangre, que veinte minutos antes circulaba por sus arterias y venas, el malogrado D. Andrés Cómo yacía aun caliente pero ya muerto, merced á homicida y certera puñalada recibida en el corazón.

Llegó D. Pedro Cómo trémulo y jadeante á la sala de juntas, y á pesar de los esfuerzos que por contenerle hicieron cuantos allí se hallaban, se avalanzó al cadáver de su hermano y, arrodillándose en el suelo, se confundieron vivo y muerto en estrecho y patético abrazo,

Lloraba Luis, lloraban amigos y parientes y hasta lloraba conmovido ante tan desgarradora escena el veterano sargento de la Guardia Civil, Brabo, cuando un hombre que custodiado por dos guardias permanecía en un rincón del local, rechazando con hercúlea fuerza á sus guardianes, se arrojó á los piés de D. Pedro, que acababa de levantarse del suelo, y exclamó con acento sincero y humilde:

—¡Perdón, D. Pedro, perdón! yo no hetenido la culpa, él mismo mehabia emborrachado para que nosupiera intervenir la mesa, y yo he cometido este crimen, trastornado por el vino-

El padre de Luis volvió la vista hácia el matador de su hermano y lanzando un grito de asombro dijo consternado:

—¡V., señor Juan? ¡V. ha sido?

Y recobrando como por encanto la perdida energía, D. Pedro miró un momento al cadáver de D. Andrés y al señor Juan y salió de la sala apoyado en el brazo del ingeniero después de proferir estas palabras:

—¡Un hombre de bien muerto, y otro hombre de bien en presidio! ¡Ah Villarutina, Villarutina, qué cara pagas la toga de Manolo!

Hijo y padre se dirigieron á la casa del interfecto seguidos de amigos y deudos dejando á los guardias y al juzgado desempeñando su triste misión.

¿Qué había sucedido?

Lo siguiente:

A las ocho de la mañana se habia constituido la mesa formada por cinco interventores del partido de D. Isidoro y el Sr. Juan del de D. Pedro López, presididos los seis por D. Andrés; los Villarutinarios fueron depositando durante toda la mañana sus votos en las urnas, y los Isidoristas vieron con disgusto que los sintomas se presentaban favorables á D. Pedro López de Villacualquiera. En vista de esto y acercándose la hora de la formación del acta,



D. Andrés propuso á los interventores que tomaran un bocadillo, con el ya deliberado intento de emborrachar al Sr. Juan y hacer mangas y capirotos en el escrutinio; dicho y hecho, almorzaron los individuos de la mesa y entre copa y copa y cigarro y cigarro el Sr. Juan se puso á medios pelos, pero no del todo. Llegó la hora marcada, se cerró la votación y al estender el resúmen quiso D. Andrés realizar sus propósitos; escribió el acta á su capricho y después de firmada por sus partidarios la puso á la firma del interventor de oposición á quien creía bien beodo. Este tomó el acta y con gran extrañeza de los contrarios, la leyó y en uno de esos momentos de lucidez que la embriaguez no completa deja á sus víctimas rasgó el papel en mil pedazos y entre cuerdo y loco, se levantó dando traspiés y en ademán provocador, dijo terne y decidido:

—Esto que ha puesto V. aquí es una mentira, y los que lo firman, unos canallas; ó ponen Vdes. ahí la verdad de lo que ha pasado ó nos veremos las caras, que conmigo no juega nadie!

Tratando de disuadir al señor Juan, en la creencia de que gracias á su estado se convencería fácilmente, el Sr. Cómo dijo con afabilidad:

—Pero si eso es la pura verdad, solo que V. no se fija bien.

—Esto la verdad? que ha de ser esto la verdad! ó creen Vds. que yo voy á comulgar con ruedas de molino, pues hombre ni que estuviera borracho! mentira, mentira y bien que mentira.... y.... Vds.... unos.... pillos.... todos.

D. Andrés tenía el defecto de creer que en el pueblo todo el mundo le debía homenaje y respeto y aquella tenaz resistencia del ébrio descompuso al presidente; frenético y fuera de sí cogió al contrincante por la solapa de la chaqueta y le dijo con rudeza.

—¡Oiga V. so pelagatos! V. firma lo que yo pongo ó sale de cabeza por la ventana.

— Yo por la ventana? tío indecente; no tiene V. ni ninguno de sus amigotes trapalones, agallas para echarme á mi por la ventana; tío sin vergüenza! quiere V. que yo firme una picardía para que salga con más votos D. Isidoro que es nuestro padrastro, quitándoselos á D. Pedro Lopez que es nuestro padre? y todo eso porqué? porque su hijo de V. está tragando en Madrid á costa del pueblo porque no sirve para trabajar como su primo Luis. Ese es un caballero! ese, y su padre D. Pedro, pero V. y esos cinco tragones que están á su lado son un atajo de galopines y lo digo una vez y lo diré cien veces, aquí y en todas partes y el que tenga salero que salga aquí, á ver quien es el más guapo!

Y escitado por el alcohol, la discusión y el movimiento, el cerebro del Sr. Juan se ofuscó por completo y en el momento en que D. Andrés ciego de ira le amenazaba con una silla, el borracho sacó del bolsillo una pequeña navaja y antes de que nadie pudiera evitarlo, asestó un tremendo golpe en el pecho á su contrario, que cayó contra la mesa sin pronunciar un ¡ay!

El terror y la confusión se apoderaron de los presentes, que despues de todo no eran más que infelices burros de reata arrastrados por la ceguera de D. Andrés, y á las voces de socorro éntranon en la sala el público que rodeaba el local y la Guardia Civil que custodiaba el orden exterior bien agena de suponer que donde hubiera hecho falta su presencia era en la Junta escrutadora.

El Sr. Juan arrojó al suelo el arma y medio alelado por la impresión se entregó sin resistencia á los guardias.

Alborotóse el pueblo y sin que pueda esplicarse cómo, llegó la noticia á la casa de la víctima; D.<sup>a</sup> Manuela quedó atontada con la nueva y Lolita por uno de esos impulsos instintivos é inconscientes que á veces nos dominan, salió á la calle automáticamente y automáticamente fué á dar donde le hemos hallado nosotros.

La entrada de D. Pedro y Luis en la casa de D.<sup>a</sup> Manuela dio lugar á nuevas y desoladoras escenas entre la familia á las cuales prestában más lúgubres tintes los rudos y francos pésames de las gentes del pueblo que endurecidas por el trabajo, la miseria y la ignorancia, espresan sus afectos de una manera tan clara y dura que destrozan el alma de las personas cuya sensibilidad es más exquisita por efecto de la educación.

Las diligencias del Juzgado terminaron pronto, pues habiéndose cometido el homicidio delante de cinco testigos y concurriendo la plena confesión del reo que despejado de su embriaguez por la vista del cuadro terrible que ante sus ojos se desarrollaba, manifestó cuanto el Juez quiso, la redacción del sumario era facilísima. La Guardia Civil condujo al procesado á la cárcel del partido y el juez dispuso el enterramiento del cadáver á cuyo acto siguieron todas las tradicionales ceremonias y costumbres fúnebres de Campos que son terribles para la familia que está de duelo.

Apenas un enfermo reviste caracteres de gravedad en su dolencia, se le llena la casa de gente, que unas veces ayuda y las más estorba; sobreviene el desgraciado caso de un fallecimiento y encima del dolor que á los seres queridos que sobreviven al difunto aqueja, tienen que aguantar un aluvión de visitas, pésames, responsos, y rezos de amigos, conocidos y no conocidos á los cuales, ¡asómbrense ustedes! hay que convidar á comer.

Esto dura dos ó tres días según los pueblos y es de ver al pobre huérfano ó viuda que apenas tiene tiempo para llorar ocupándose de buscar medios para dar de comer, en pueblos sin recursos ni elementos, á cincuenta ó sesenta convidados que suelen comentar despues si la comida ha sido suculenta ó pobre.

Y allí no vale, como se hace en las grandes poblaciones,

encomendar á un amigo de la casa la recepción de las visitas; no señor, el campesino que entra en una casa mortuoria no sale satisfecho sino larga un discurso necrológico á cada uno de los deudos del finado.

La mesa del festin mortuorio ofrece un aspecto curioso y abigarrado, viéndose al lado de la fisonomía triste y abatida del huérfano que apenas puede probar bocado, la del amigo de veras que come por cumplir la costumbre y la del amigo ménos íntimo que come sin gran pena y sirve de escalón para pasar al alegre y tranquilo rostro de los clérigos de tanda que curtidos por la continua asistencia á tales actos engullen á dos carrillos con la misma fruición que si de un bautizo se tratara.

Pasaron para la familia Cómo los primeros momentos de lágrimas y emociones violentas propios de tales casos y se pensó en la nueva complicación de buscar un medio de dar la noticia á Manuel; se habló de escribirle preparándole, se pensó en mandarle venir bajo el pretexto de que su padre estaba grave y temiendo todos que la primera impresión produjera algun trastorno, máxime hallándose solo y léjos de la familia, se optó como lo más oportuno porque Luis marchará á Madrid y diera á su primo la nueva del mejor modo posible regresando ambos al pueblo donde los acontecimientos tan inesperadamente ocurridos hacían necesaria la presencia de Manuel.

D. Pedro, inconsolable por la pérdida de su hermano, pasaba el día al lado de Lolita y compartía con ella su pena horas enteras, durante las cuales Doña Manolita aniquilada por tan rudo golpe, cuyos orígenes conocía bien, apenas se atrevía á levantar los ojos del suelo por miedo de encontrarse con los del excapitan de Córdoba.



## CAPÍTULO IV.

---

### A pesar del drama.



REGRESÓ Luis de Madrid acompañando á Manolo que pasó los malos ratos consiguiendo en trance tan sensible, y tras una série de enojosos trámites de testamentaria, satisfactoriamente arreglados gracias al dinero, que es siempre mágico talismán y mucho más si de curiales se trata, se expuso en consejo de familia la necesidad de que Manuel renunciara el empleo y quedara en el pueblo al frente de la labranza por no ser tal cargo de fácil desempeño para mujeres.

El abogadito había ya tomado el gusto al café de Madrid, los bailes de la Alhambra, la corrida de beneficencia y las flamenquerías de Ruiz y la Montes, sazoadas con un par de horas escasas de oficina dedicadas generalmente á comentar las juergas de la víspera y preparar las del día,

razones por las cuales no puso muy buena cara al aceptar la *ruralización*, pero las circunstancias se imponían y el héroe por fuerza no tuvo más remedio que escribir á Don Isidoro, que por cierto había nuevamente triunfado, una carta en que noticiándole lo ocurrido se le manifestaba que podía disponer del empleo, porque los acontecimientos que habían sobrevenido hacían necesaria la presencia del ex-empleado en Villarutina; con esta carta y la renuncia oficial del destino se trasformó Manuel en *agricultor togado*, que es una profesión que seguramente no conocerán nuestros lectores pero que existe y puede verse con solo dar un paseito por Campos.

Figúrense Vds. á Lavoisier discutiendo con Galileo si las décimas de la *Vida es Sueño* están bien ó mal rimadas, al Gran Capitán y á Napoleón I informando sobre si la difteria es ó no contagiosa, á Lutero y Voltaire perfeccionando la incubación artificial de gallinas, á D. Matias Lopez afirmando la pluralidad de los mundos habitados y á Lope de Vega examinando al microscopio el bacillus virgula de los coléricos y tendrán Vds. una idea aproximada de lo que es un *agricultor togado*.

Un cien piés.

Pocos días hacia que estaba Manolo oficiando de amo, cuando tuvieron lugar las escenas que vamos á referir y que aunque parezcan inverosímiles despues de conocido el percance que la familia Cómo había pasado, son copia exacta de la verdad.

En el mismo sitio en que algunos años antes sufrió don Pedro las pullas de su parienta y convecinos, al regresar de la Fuentecilla la célebre tarde de la discusión fraternal de los Cómo, se hallaban reunidos alrededor del mismo velador en que aquel dia tomaron chocolate los dos hermanos D. Pedro, D.<sup>a</sup> Manuela, Lola, Manuel y Luis; el viejo era

el disertante y estaba encargada de las objeciones D.<sup>a</sup> Manuela, que apenas pasado el apretón de los tristes sucesos casi por ella ocasionados, había vuelto á ser en la familia el apóstol de la intransigencia y la tradición rutinaria, acibarando ahora sus réplicas y discusiones con una muletilla quejumbrosa y á todas luces allí injustificada, que consistía en decir que «á una mujer sola todo el mundo la falta» con la cual socorrida frase rebatía los consejos rectos y razonables de D. Pedro cuando este trataba de enderezar algún entuerto de los muchos que ni D.<sup>a</sup> Manolita ni Manolito sabían arreglar.

Sobre el velador había una carta abierta y en ella se fijaban las miradas de todos, indicando claramente que era el objeto de la discusión.

—Pero Manuela, por los clavos de Cristo! aconseja á Manuel que no acepte.

—Será mejor que se meta en un rincón como tu hijo y se haga el pequeño, para que todo el mundo se ría de él.

—Pregunta á Luis si lo pasa bien ó mal en su rincón y quién se ríe de él, por su conducta sensata y racional.

—Pues mira, más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, y por lo tanto Manuel debe hacer lo que yo le digo que es aceptar la proposición de D. Isidoro.

—Si yo no te quisiera como te quiero y no estimara á tus hijos como al mío, tu salida de tono daría margen á que yo me fuera á mi casa y dejara que hiciéseis lo que os dé la gana, pero antes que mi amor propio está mi cariño hácia todos vosotros y á pesar de lo que has dicho volveré una y cien veces á indicarte que es una locura lo que vais á hacer, y lo mejor sería que prescindais de una vez de compromisos que tan caros os han costado.

—Eso no puede ser, porque sería una falta de consideración á ese señor.

—Qué consideración ni que niño muerto! te parece que el haber perdido á tu marido por causa de ese hombre, no es motivo sobrado para mandarle á paseo?

—Bonita conducta sería esa para corresponder al sentimiento que el pobre señor ha tenido con la desgracia!

—Sentimiento? no conoces á los políticos, pobre mujer; para ellos la pérdida que lloramos no es más que la repetición de aquello de «qué es eso? un soldado muerto, puede el baile continuar.»

—Eso te parecerá á ti, pero yo creo que una persona que escribe una carta como esa, es todo un caballero que merece que se le sirva en cuanto mande.

—Eres terrible, Manuela, eres terrible, á cualquiera que se le diga lo que quieres hacer no lo creería; hace dos meses escasos que has visto morir de mala manera á tu marido por mezclarse en la política de ese hombre y hoy quieres ya meter á tu hijo en los mismos berenginales distrayéndole de mirar por sus propios intereses como es debido; déjate de juzgados ni de historias, que lo que le conviene á Manuel es prescindir de esos líos y volver á ser el amigo inseparable de Luis, para que entre los conocimientos de este y la actividad de los dos, puedan conservar y mejorar su patrimonio.

—Cabalito, ahí está mi hijo con su título de abogado para llenar papeles de monigotes y ensuciarse las manos con los venenos y bichos que tiene Luis en su despacho!

—Pero mamá, se atrevió á decir Lola, si eso es muy útil para la agricultura.

—Si lo es, que lo sea, aquí mando yó, niña.

—Yo haré lo posible tío, dijo entónces Manuel, por aprender algo, pero me aburre soberanamente el ocuparme de las labores del campo, mejor es que haga Luis lo que quiera en las dos labranzas, á mi me gustaría aceptar



el juzgado municipal porque me entretendría con asuntos de mi agrado.

—Si hijo mio si, pues no faltaba más, serás juez y todo cuanto quieras, yo no puedo consentir que pases el día como la otra vez, quiero que te distraigas.

—Tu puedes ser juez y obispo si quieres, afirmó Luis, pero yo no puedo hacer nada por mi cuenta en tu casa porque como no todos mis ensayos salen bien á la primera ni la segunda vez, si me diera mal resultado una experiencia hecha en tus fincas os gustaría ó no os gustaría, y no quiero yo tener disgustos.

—Tienes razón pero ya ves que mis aficiones no son agrícolas ni mucho menos y además que con esa carta tan galante de D. Isidoro no puede uno evadirse, dijo Manolo tratando de disculpar su conducta.

—Pero vamos á ver esa carta, vamos á ver ese poderoso talismán que te obliga á dejar tus cosas por atender á las del cacique.

Y al decir esto el ingeniero tomó la carta del velador y leyó lo siguiente:

*Madrid 26 Octubre 188.....*

Sr. D. Manuel Cómo Són:

Muy señor mio y apreciable amigo: Con honda y verdadera pena he sabido el desgraciado accidente que ha causado la muerte de su padre de V. mi querido y cariñoso amigo.

No trato de pintar á V. mi dolor porque la descripción resultaría pálida; si hubiera yo podido presumir que en la

elección iba á ocurrir tal desgracia, hubiera mil veces arrojado por la ventana mi investidura de diputado, que es para mi menos grata que lo era la amistad del pobre Don Andrés.

Doy á V. mi más sincero pésame y me ofrezco en cuanto puedo y valgo como su más atento y seguro servidor

q. b. s. m.

*Isidoro 'Buenapieza.*

P. D. Me parece muy acertada su decisión de quedarse en esa Villa al frente de la casa del difunto padre de V. y ya que está en esa, le agradecería que aceptase el cargo de Juez municipal por ser V. la persona más idónea del pueblo y la de toda mi confianza.

— Y os parece, gritó D.<sup>a</sup> Manuela, que una carta tan expresiva y cariñosa, no merece que se obedezca á Don Isidoro?

— Sí que es muy cariñosa, dijo el presunto Juez.

Y el hijo de D. Pedro con calma y sosiego mostró la carta á sus parientes y exclamó señalando con el dedo la letra de la carta y la de la firma:

— ¿Vds. creen en el sentimiento de D. Isidoro? pues yo no; y la prueba se vé bien clara con sólo fijarse en que la carta es de una letra y la firma de otra; en esta carta no se vé el sentimiento del cacique!

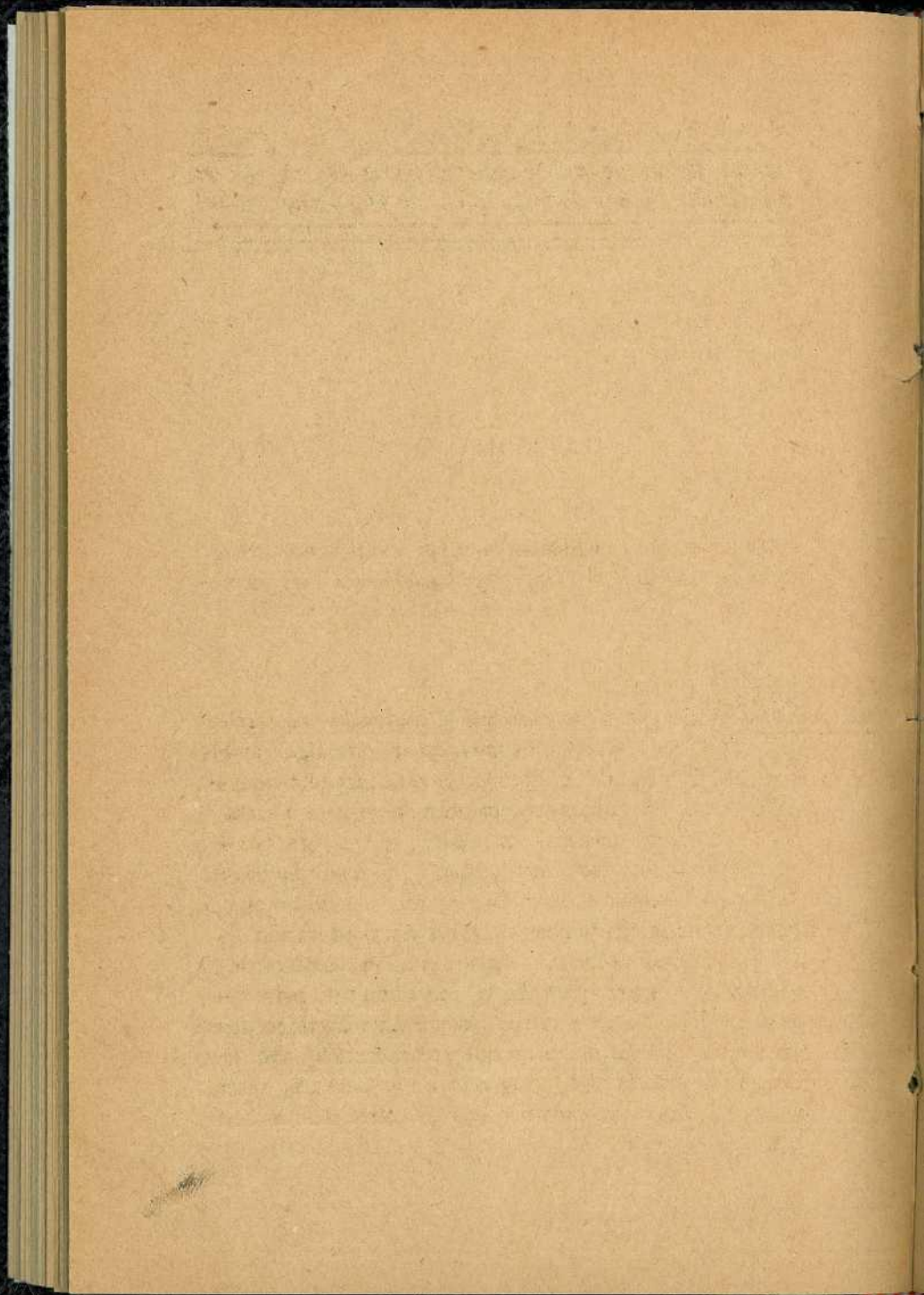
— ¿Pues qué se vé, deslenguado? dijo la señora Són, medio descompuesta.

— La habilidad de su Secretario para escribir cartas de pésame, dijo el ingeniero secamente arrojando la carta con desprecio sobre el velador.

Se vino la casa abajo.

Enfurecimiento de D.<sup>a</sup> Manuela, ceño de Manolo, lágrimas de Lola y despedida de D. Pedro y su hijo, cansados de machacar en hierro frío, fueron las consecuencias inmediatas de la oportuna apreciación del excolegial de Gembloux, la cual léjos de aclarar las ideas de los ofuscados Isidoristas, exacerbó su terquedad y dió lugar á que á los dos días el cacique recibiera de Manolo la aceptación del cargo de Juez.







## CAPÍTULO V.

---

**Otro duo bastante más serio  
que el de la primera parte.**

---

---



En lugar de la escena el mismo, y los personajes también los mismos aunque algo cambiados por el tiempo; el muchachuelo que seis años antes cantaba ante la reja de la casa de Lola las caleseras de *Cádiç*, es hoy un hombre hecho y derecho; alto, bien formado, de rostro agradable, carácter firme como el de su padre y modales finisimos que dejan percibir á cien leguas el barniz de la educación francesa, Luis Cómo de Bianser sigue siendo el adorador de su prima y sólo espera que pase la época del luto para pedir la mano de la jóven á quien los años trascurridos desde aquel otro diálogo nocturno que presenciamos, han transformado de niña bonita y alegre en mujer hermosa, discreta y seria; hora, próximamente la del otro duo, es decir, la de media noche.

Salió Luis de su casa, no furtivamente como en otro tiempo puesto que ya tenia facultades para hacer de su capa un sayo, llamó á la ya conocida ventana del cuarto de Lolita y ésta apareció bella y encantadora como siempre, pero no con el rostro risueño y vivaracho de los pasados dias, sinó con el semblante nublado por la tristeza, aspecto que realizaba más y más las gracias de la prometida del ingeniero.

—He recibido tu carta—dijo éste—y aquí me tienes á tus órdenes, pues supongo que cuando me has citado para este sitio, al cual ya no acudimos más que en casos excepcionales, es porque me necesitas ó tienes que contarme algo grave y secreto.

—Ya lo creo, y tan grave!

—¿Qué pasa, Lola?

—Como urgente ó del momento, nada, sinó que me canso de llorar en silencio mis penas y como hace dias que no nos vemos, tenia deseos de esplayar un poco mi alma hablando un rato contigo de nuestras cosas.

—¿Tanto sufres, alma mia?

—Mucho, Luis! cada vez que recuerdo la horrible muerte de mi padre, me parece que voy á perder la cabeza.

—Pues no tienes más remedio que conformarte porque son cosas que dispone la Providencia y hay que acatar sus altos designios.

—Si, sí, conformidad, eso se dice muy bien, pero cuando se pierde un sér querido no es fácil conformarse.

—Es cierto, yo procuro consolarte porque deseo que no pases mal rato, pero comprendo perfectamente que tu dolor es grande y verdadero y no puede acallarse con frases cariñosas, es una herida que no tiene más cicatrizante que el llanto; llora hoy cuanto quieras porque es la época de llorar, más adelante la acción reparadora del tiempo y el concurso

de nuevos afectos que ocupan tu corazón y sustituyan á los ya perdidos y pasados, podrán hacerte más llevadera esa desgracia que todos lamentamos contigo.

—¡Qué cosas dices, Luis! es tan agradable para mi tu lenguaje y tan distinto de los pésames y cumplimientos usados por la generalidad de las gentes, que cada día te quiero más porque me convenzo de lo mucho que vales!

—Son los ojos con que me miras, yo no tengo ninguna facultad superior á las de los demás.

—Eres bueno y cariñoso en extremo y eso no lo son todos.

—Pues no han de ser?

—¿Has trabajado hoy mucho?

—No ha faltado que hacer; me levanté á las cinco esta mañana siguiendo la costumbre que adquirí en Bélgica; bajé á dar una vuelta por los establos y cobertizos para ver si había ocurrido alguna novedad durante la noche y una vez revisados salí al campo á dar un paseo; la mañana estaba hermosa y llegué hasta la finca que fué del tío Justo y que aboné nada más adquirirla, allí cojí una porción de tierra para ver si el abono había cambiado la composición del suelo y regresé á casa; almorcé y me fui al despacho para trabajar un poco; analicé la tierra recogida en el campo y comparando el resultado del análisis con el del que hice el día que recibí la finca, he visto con satisfacción que los elementos de que yo deseaba dotar al terreno, existen ya en abundancia en las muestras analizadas. Terminados los experimentos llegó la hora de comer y de sobremesa referí á papá mis trabajos, lo cual le agrada mucho; por la tarde estuve leyendo dos horas un libro muy útil para los agricultores escrito por D. Fermín Caballero sobre el fomento de la población rural, y cuando me cansé fui á ver los pares que estaban arando en Valdeviel; por la

noche la cena y un rato de charla con el viejo y hasta ahora.

—Que aplicado eres, si fuera así Manolo!

—Lo mismo será, mujer.

—Si, lo mismo! voy á referirte lo que ha hecho hoy para que lo compares con lo que tu has hecho y juzgues: se levantó á las diez porque dice que madrugar es muy cursi, fué á la Casa de la Villa á resolver un juicio que tenían la Nina y el tío Porrás porque este había pegado á un niño de aquella, sentenció á la Nina á dos dias de cárcel por haber llamado bárbaro al tío Porrás en el momento de pegar al niño, fundándose la sentencia en que Porrás es partidario de D. Isidoro, y el padre de la Nina votó á D. Pedro Lopez, y despues de tal atrocidad mi hermano volvió á casa, comió y cogiendo el galgo y la escopeta marchó á caza con el barbero; á las siete de la tarde regresaron, Manuel cenó de prisa y corriendo y se fué á casa de Amaños el secretario donde tienen banca todas las noches, siendo esta la hora en que aun no ha venido de allí. Si no fuera por el tío Martin el mayoral que es un hombre de bien, las labores del campo no se harían nunca ni habría órden ni concierto en la labranza porque, con achaque de que no le gusta la agricultura, Manolo ni hace, ni dirige, ni vigila, y á todo esto mi mamá aplaude y aprueba cuanto el chico hace, sea lo que sea. Entre la feria de Villaotra y la de Riomojado ha debido perder un dineral; primero le engañaron en la compra de las mulas y después con el maldito juego acabó de arreglar el asunto; no sé donde vamos á ir á parar con esta conducta.

—Mala es en verdad, pero no pases mal rato porque con eso no lo evitas.

—Pero pensar que si mi pobre papá le hubiera educado como á tí estaríais hoy los dos iguales! porque Manuel es



bueno, pero le hicieron cojer en la Universidad tal horror al campo y á la vida del pueblo que es un martirio para él dar un paso que se relacione con el cultivo.

—Es muy triste verdaderamente que se descuide tanto en este país la educacion agricola, mira que en una región tan grande como la Tierra de Campos, en que viven tantos cientos de familias dedicadas á la agricultura, no haber más ingeniero agrónomo que yo!

—Yo soy una pobre mujer que no tiene motivos para conocer los asuntos de los hombres, pero me parece que eso está muy mal hecho.

—Muy mal.

—Dí, sigues haciendo rabiarse al tío Lucas?

—Mucho, el hombre se desespera y dice que cómo es posible que yo haya aprendido más agricultura en cuatro años que él en cuarenta.

—Pobre hombre! ayer estaba charlando con Martín á la puerta de la bodega y yo les oí la conversacion sin que ellos lo notaran.

—Qué decian?

—Hablaban de ti pero no te lo digo porque te vas á poner muy ancho.

—No lo creas.

—Quieres saberlo?

—Si tu quieres decirmelo.....

—Pues no te lo digo.

—Como quieras.

—Te lo voy á contar curiosón; «se quejaba Martín de que Manolo descuidaba mucho á los pastores y estos gastaban para las ovejas la cebada de las paneras con gran perjuicio de los intereses de la casa, y lamentaba que no fuera tan cuidadoso como tú; entónces el tío Lucas dijo á nuestro mayoral: sabes lo que te digo? que mi señorito es

brujo; miá tu que eso de arreglar los picones y la tierra de Justo, y el haber traído á la era esa máquina, que hace el verano en quince días, y eso de que se pone mala una mula y Luisin le dá cien vueltas al veterinario ;nada, te digo que es brujo!» ¿Conque qué te parece?

—Que son unos infelices que no saben más que lo indispensable para andar por la calle.

—El tuyo está hecho un canónigo, desde que tu lo haces todo.

—Pues con todo y con eso es probable que le gustara más estar como Martin.

—¡Qué bobada!

—Bobada eh? tu si que eres boba, no ves que Martin es un reyezuelo que se dá muchísima importancia porque conoce que es indispensable? y Lúcas no puede hacer eso.

—No vas descaminado, porque en casa lo que dice el tío Martin se cumple como si lo dijera el Papa.

—Me lo figuro por.....

No había terminado Luis esta frase cuando se oyeron las voces de varias personas que se acercaban á la casa de Doña Manuela; escucharon los dos amantes y percibieron claramente la conversación que sostenían el barbero, Amaños y Manolo.

—Pues es una jugada que se admite en todas partes, decía el Juez.

—Si se admitirá, pero es mala para el banquero, contestaba el rapabarbas.

—No tan mala, no tan mala compadre, añadía Amaños, que si le echan á uno la llave se acabaron las ventajas del martingala

—Ahi está, clarito, afirmaba el excompañero de los vascongados, se ponen, por ejemplo, dos duros *arriba* y al cuatro, y si sale una de las de *arriba* se gana un duro, si

sale el cuatro se retira la postura sin perder ni ganar, pero si sale la llave, se pierden los dos duros.

— Pero como lleva uno tres cartas contra una es difícil que venga la llave.

— Difícil? no sabe V. lo que es el juego, amigo Tijera, la noche que se dan llaves..., ni en una herrería; yo he jugado una vez en la ruleta seis tantos á *pasa* y uno á cada una de las cinco primeras calles de *falta*, y á pesar de que no dejé libres más que los tres números de la última calle de falta, salió uno de ellos y perdí once tantos llevando 33 números contra 3.

— ¡Qué atrocidad!

— Pues es tan cierto como que estamos aquí.

Lola miró con los ojos arrasados en lágrimas á Luis y dijo afectada:

— ¿Qué dices á eso?

— Que dentro de un año serás mi mujer.

— Nada más?

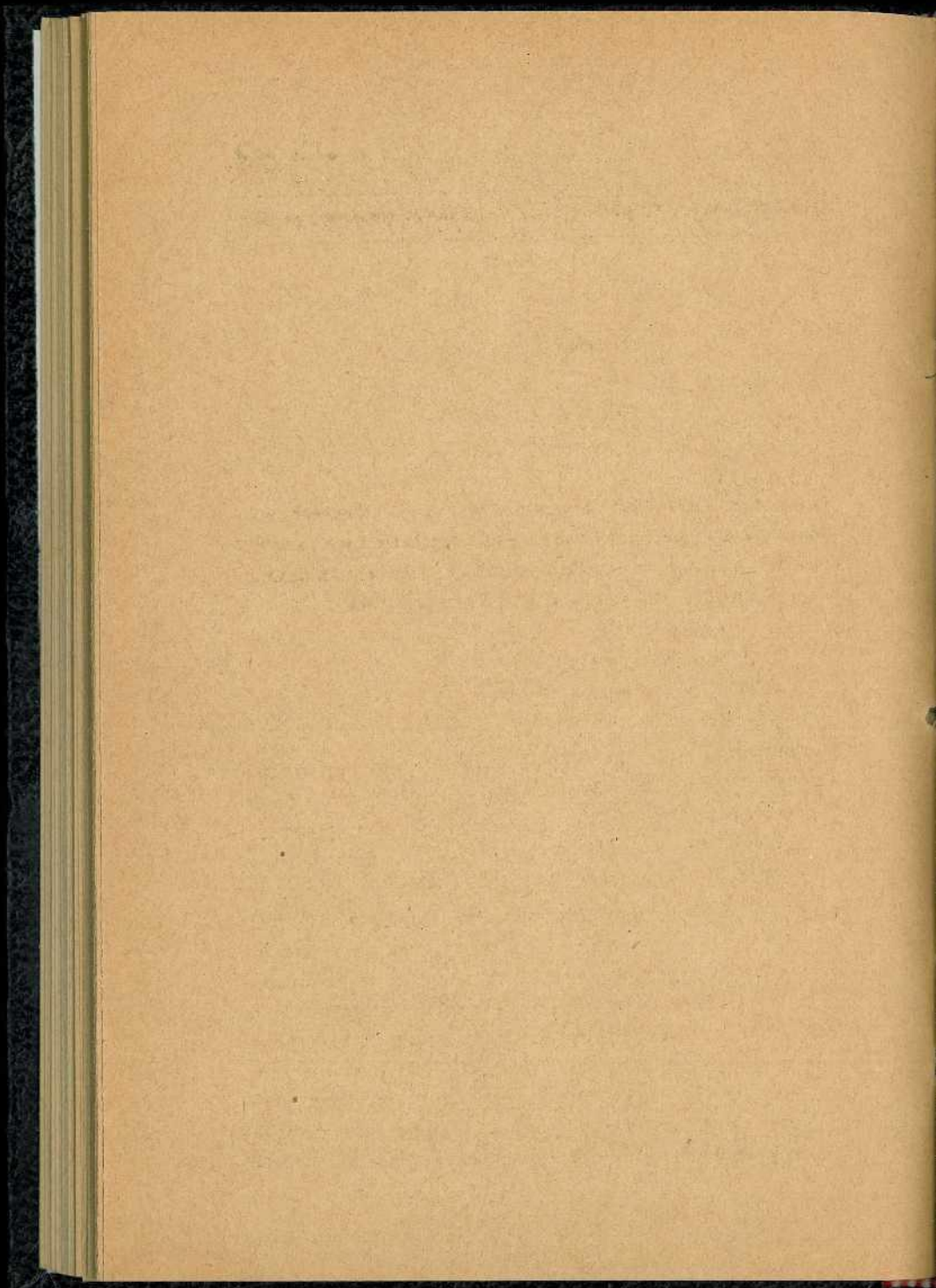
— Nada más, contestó el ingeniero con tono seco, ya es grandecito para andar sólo.

— Y mi madre?

— Ya veremos.

Y dejando á Lola que se retiró sin hacer ruido, Luis tomó el camino opuesto á los paseantes para evitar su encuentro.







## CAPÍTULO VI.

**De cómo gracias á un descuido del perillan se exhibe por primera vez el sentido comun de Luis Cómo Son.**



LAMAN en Campos perillan ó pillo á un muchacho de doce á catorce años que desempeña en las casas de los labradores de importancia ciertos oficios y labores que desagradan á los gañanes y criadas; abastecer la casa de agua, traída de alguna fuente sita á un kilómetro del pueblo, llenar de paja las pajeras de las cuadras para que los mozos no se molesten en ir á buscarla al pajar, levantarse al amanecer para encender la lumbre de la cocina evitando este trabajo á las maritornes, llevar la comida de los criados á la era y limpiar las botas á los señoritos, son funciones propias y peculiares del perillan; pero como en todas partes el último mono es el que se ahoga y en las casas de labor el papel de último mono está á cargo del pilló, los deberes

del pobre muchacho se multiplican prodigiosamente al paso que disminuyen sus derechos.

Se rompe una cosa sin que se sepa quien la ha roto y acuerdan enseguida gañanes y domésticas que el perillan ha sido el autor del delito; se escapa de la cuadra una mula falsa que suele obsequiar á quien intenta cojerla con un par de coces, ya está encargado el pillo de la captura del animal; necesita tabaco un mozo? el perillan á buscar una cajilla al estanco; quiere fumar el gratuito mandadero? recibe del amo de la cajilla algún soberbio puntapié que es celebrado con grandes muestras de alegría por toda la plana menor de ambos sexos.

En una palabra, el perillan es la cabeza de moro en que grandes y pequeños prueban impunemente la fuerza de su puño y de su auto idad, no siendo de extrañar que los mozos de labranza sean tan despiadados con el infeliz pillo si se tiene en cuenta que todos empiezan su carrera por este cargo y ya sabemos aquello de que «no hay peor cuña que la de la misma madera.»

Entre las varias misiones extraordinarias encomendadas encasa de Manuel Cómo Son al perillan, entraba la de esperar al señorito cuando regresaba de sus escursiones nocturnas y esta función aplanaba al agraciado, que desde las cuatro de la mañana estaba en jaque.

Una noche, que hacía el número quinientos entre las dedicadas por Manuel á *verlas venir*, regresaba éste mohino y cabizbajo á su casa, soliviantado por descomunal paliza metálica recibida en la timba; llamó á la puerta y nadie le contestó, repitió la llamada, y en valde, el chico se había dormido cansado por las fatigas cotidianas y no le hubiera despertado un cañonazo. Manuel comprendió desde luego que no era oportuno aporrear la puerta pues, se alarmarían D.<sup>a</sup> Manuela y Lola, y como eran casi las dos de la mañana

y los pares tenían que salir al campo á las cuatro, decidió el trasnochador pasar al sereno las dos horas.

Sucedía esto en una hermosa noche de Mayo clara y despejada, una noche de las que tan magistralmente describe Nuñez de Arce en las soberbias décimas de El Vértigo; Manolo se sentó en un poyo de piedra que á la puerta de la casa había y, por entretenerse en algo, se puso a contemplar el cielo.

No debió pasar al abogado al mirar á las estrellas lo que le pasó en igual caso al cura del Pilar de la Horadada, creado por el inimitable Campoamor, algo debieron decir los astros á nuestro nocturno solitario, porque su semblante se contrajo, adquirió una expresión de languidez, melancolía y desfallecimiento y el Juez municipal de Villarutina bajó los ojos y quedó en actitud meditabunda.

¿Que pensaba?

Referiremos literalmente á nuestros lectores, el monólogo mental que la grandeza del cielo, el silencio de la noche, la soledad que le rodeaba y la presión de los desaciertos cometidos habían inspirado á Manolo.

«He perdido esta noche setenta duros; ayer veintidos, el otro día cincuenta y cuatro;..... no quiero hacer cuentas,..... no quiero acordarme,..... desde que vine de Madrid, hace casi dos años, entre la diaria timba y las ferias de Riomojado y Villaotra he debido perder cuatro ó cinco mil duros. ¡Bonita situación! Mientras Luis enriquece y mejora la fortuna de su padre y le sirve de apoyo en su vejez, yo estoy disipando lo mio y si me dejan lo de la pobre Lola! Esto no puede seguir asi; yo no soy un malvado. Pero si yo no era jugador, cómo me he obcecado asi? cómo me he dedicado de esta manera tan desenfadada al juego? porque no tengo otra distracción en este maldito pueblo, porque el juego me saca momentáneamente de esta vida

para la cual no tengo vocación ni aptitudes! Pero porque no tengo esa vocación y esas aptitudes? porque no las han estimulado en mí con una educación apropiada como la de Luis; pobre padre mio! que caro pagó su error! Indudablemente mi tío Pedro es un hombre de muy buen sentido; no se puede negar, sería negar el Evangelio. Mi primo pasa las horas agradablemente entretenido con sus dibujos y sus experiencias y para él las labores del campo son una ocupación agradable puesto que sabe y conoce científicamente todas y cada una de esas labores, y mejorándolas y perfeccionándolas, Luis aplica sus conocimientos y plantea, desarrolla y resuelve problemas que domina. Pero yo, que entiendo de abonos? que entiendo de arados ni de otras máquinas? voy á ver trabajar los pares y me canso, porque para mí la operación de arar no es más que un insopportable paseo de ganado; voy á ver los segadores y lo más que hago allí es lo que haría un sobrestante záfio, no lo que debe hacer un director. Este verano pasado sin ir más lejos me pasaba diez horas diarias con los tales segadores porque se empeñaban Lola y mi madre en que vigilara la siega, y qué sacaba en limpio? ponerme negro como un cimarrón y cojer una sofoquina cada día; si la cuadrilla segaba despacio y yo quería que segase deprisa, el mayoral me decía que no podía ser por tal ó cual cosa, y yo me quedaba tan fresco, fuera ó no verdadera la excusa, sin saber qué decir, porque como en el Concilio de Trento nada se dijo sobre la siega, yo no tengo motivos para conocer tal operación, ni ninguna otra del cultivo, es lo lógico; voy á aplicar los preceptos del Derecho romano á la *trilla*? voy á mejorar las tierras con la Disciplina eclesiástica? voy á ingertar las vides con la Historia de los códigos? esto es un absurdo y cuanto más pienso en mi situación, más claro veo que mi tío Pedro entendió perfec-



tamente cuál era la educación más conveniente para el hijo de un agricultor; mi carrera es un perjuicio para mí, bajo el punto de vista de mi capital agrícola, *en todos los casos*. En el presente, en que yo no he sido muy aplicado y he vuelto al pueblo, bien claro se vé el perjuicio; pero si yo hubiera sido un modelo de aplicación y talento y hubiera obtenido en el foro, en la magistratura ó en la política un puesto que me proporcionase lo suficiente para vivir con desahogo, hubiese tenido necesidad, si aquello valía más que esto, de arrendar mis fincas ó dejarlas en manos de administradores, lo cual equivale á decir que dentro de diez años mi patrimonio valdría la mitad que hoy y dentro de quince tendría que venderle por un pedazo de pan, después de haberme cansado de disgustos, demandas y gastos. El mero hecho de que un agricultor regularmente acomodado dedique hoy sus hijos á la abogacía es, *así á secas*, equivalente á tirar sus fincas, más ó ménos á la larga, por la ventana. Y sinó que se miren en mi espejo: figurémonos que yo me voy del pueblo convencido de que aquí no hago más que daño, y que no tuviera un Luis para salvar mis intereses, qué pasaría? ó tendría que mal vender la labranza y arrendar las fincas por una futesa que me costaría todos los años cien disgustos antes de ser cobrada, ó si dejaba la explotación por mi cuenta tendría que echarme en brazos de Martín, el cual no estando aquí yo, apesar de su hombría de bien, sería dentro de una docena de años tan rico como yo pobre. Se me dirá que cómo mi padre pudo conservar su capital siendo abogado, muy sencillo; primero porque tenía más que yo y como le sobraba podía perder más sin tanto perjuicio; segundo porque en la pasada época la agricultura española no tenía competencias extrañas que la perjudicasen, y tercero porque la vida era tres veces más barata que hoy y bastaba la

tercera parte de la riqueza para vivir bien; pero hoy que la agricultura americana nos ahoga con su competencia, que las cosechas son cada vez menores porque el terreno, falto de abonos, se cansa de producir, no podemos defendernos con gastar poco como hacian nuestros padres sino con producir mucho, y esto no se puede hacer sin un caudal de conocimientos científicos de que no disponemos los labradores porque no queremos adquirirle á tiempo. Esta es mi situación; yo no tengo toda la culpa de lo que me pasa, pero no soy hombre si lo dejo así; á grandes males grandes remedios, mi resolución ha de ser firme y pronta; hoy veré á Luis, le hablaré con toda franqueza, le espondré todas mis cuitas y él que me quiere mucho, no dudo que accederá á mis deseos; haré que apresure su enlace con Lola y que se encargue de salvarnos á todos, convenceré á mi madre aunque es algo terca de que mi tío Pedro tiene razón y yo..... yo sé lo que tengo que hacer despues; algo duro es pero lo haré: La América del Norte es la pátria del trabajo, unos cuantos años en los Estados Unidos, deben bastar para trasformar al más empedernido burócrata de la vieja Europa en un obrero infatigable de la producción. Iré á los Estados-Unidos, entraré en cualquiera de las grandes instalaciones agrícolas que allí existen, y procuraré instruirme y perder esta costra antiprodutiva que la Universidad me regaló; sólo perdiendo por completo de vista esta sociedad española con su lujo de inutilidades y miserias y su pobreza de virilidad, es posible que yo me transforme y pueda volver á ayudar á Luis. ¡Pues no he de volver? Volveré, si, y volveré apto para reparar mis anteriores deslices! Yo le diré á esta pobre Castilla, cuyo mal es el mio, y que se empeña en morirse bajo pretexto de que su enfermedad no tiene remedio, *que si que le tiene, que aquí no hacen falla más que energias, y sinó que miren*

*mis paisanos á mi tio Pedro empeñándose, contra todos los pareceres del pueblo, en emprender una obra buena, y á mi empeñándome en no dejar que termine una obra mala ya empezada, y después de eso que aprendan de la familia. Cómo por qué se pierde y cómo se salvaría este país!*

—Qué haces ahí Manolo? dijo una voz conocida del pensador interrumpiendo su meditación.

Este se hallaba tan abstraído que no había reparado en que el sol asomaba ya por el horizonte y en que la puerta de la casa de D. Pedro se había abierto dando paso á Luis que salía al campo para ensayar un arado nuevo.

—Me vienes como pedrada en ojo de boticario, dijo Manuel, tengo que hablarte.

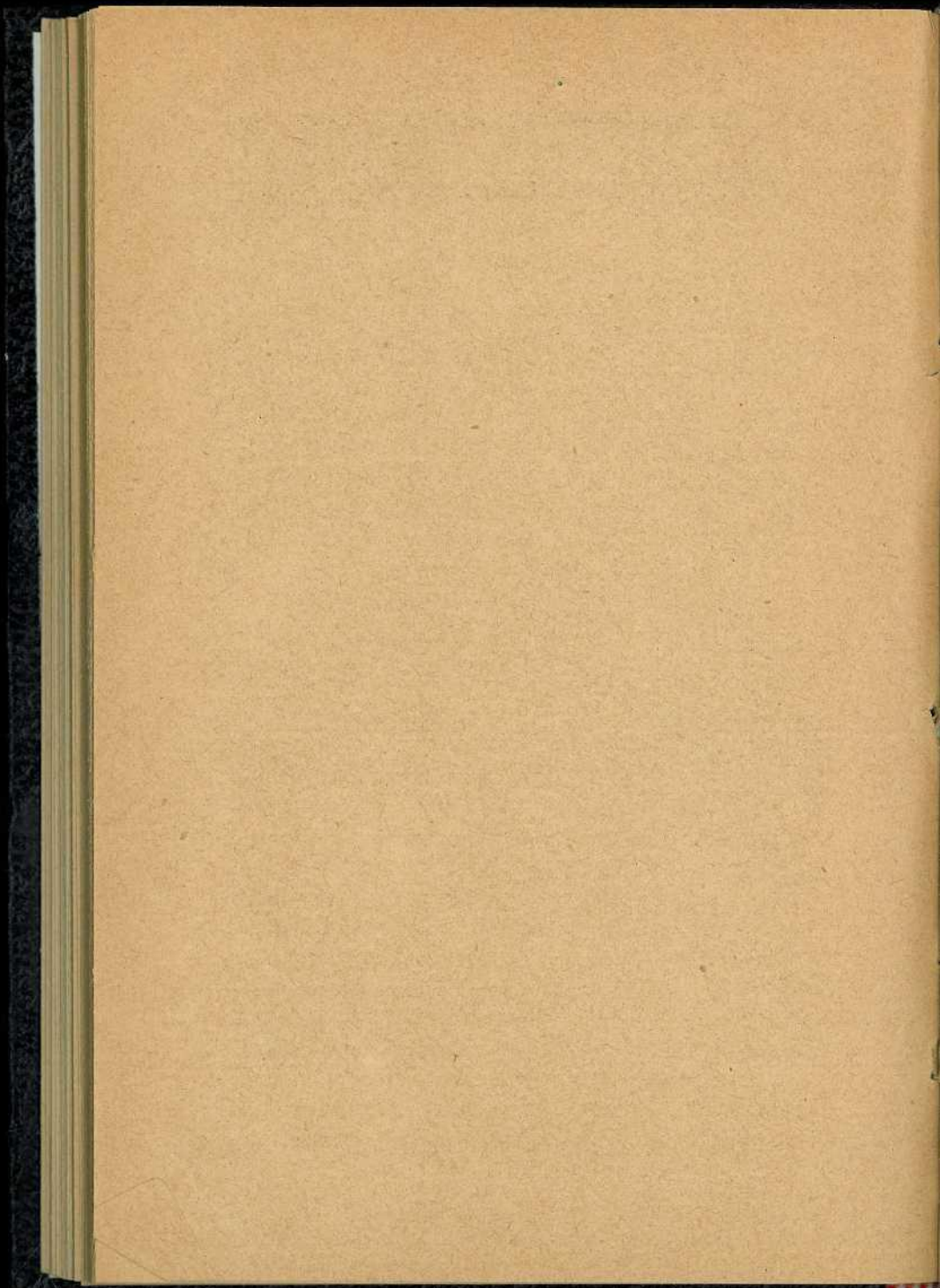
—Cuando quieras.

—Quieres ahora?

—No hay inconveniente.

—Pues entonces, exclamó Manolo con decisión, puesto que la mañana está muy buena vámonos á la Fuentecilla, allí empezó la ruina de mi casa y allí quiero yo evitar que se consume.







## À modo de final.

---



A conferencia de los dos primos en la Fuente-cilla terminó con un estrecho abrazo con que Luis y Mannel sellaron sus respectivos y mútuos ofrecimientos y proyectos; al regreso entraron en casa de D. Pedro y le comunicaron lo ocurrido, el pobre viejo aunque quería à Manuel entrañablemente, aplaudió su resolución y léjos de disuadirle del viaje al Nuevo Mundo, aconsejó al jóven que marchara pronto, diciéndole que el correr un poco de tierra no estaba demás à nadie, y buena prueba de ello tenía delante de sí; — si tu padre decía el buen señor con las lágrimas en los ojos, hubiera corrido lo que yo, otro gallo te cantara ¡hijo mio!

Se comunicó el deseo del abogado á su madre y hermana; hubo lloros, desmayos, protestas de D.<sup>a</sup> Manuela y otra porción de lamentaciones, pero la cosa siguió adelante y poco tiempo después, con gran modestia y poca bulla, se verificó el matrimonio de Lola y Luis que se encargó de levantar la medio derruida casa de sus primos desde el mismo dia en que Manuel salió del pueblo en dirección á Santander.

.....

Algunos dias más tarde se hallaban los recién casados y los dos viejos presenciando la construcción de un nuevo edificio en que el ingeniero pensaba instalar un palomar modelo, cuando llegó el peatón del correo y entregó á Luis dos cartas; una era de Manolo que participaba su embarque para América, la otra..... no lo ván á creer nuestros lectores porque parece mentira, era de D. Isidoro!

En aduladores y bordados párrafos decía á Luis que le consideraba como la primera figura de Villarutina, si bien suponía que se encontraba coartado por las rarezas de Don Pedro, y ofrecía al belga el vacante Juzgado municipal.

Luis dudó un momento entre romper la carta ó contestarla, y optando por el último partido, inmediatamente escribió al cacique en estos términos:

*Sr. D. Isidoro Buenapieza:*

Muy Sr. mío: Un error de mi pobre tío D. Andrés Cómo, que pagó con la vida el desacierto, ha tenido á mi familia sujeta á la voluntad de V. por espacio de unos cuantos años, gracias al empleo de Manuel. Hoy han cambiado las circunstancias y las *rarezas* de mi señor padre han emancipado á todos nosotros de estrañas tutelas.

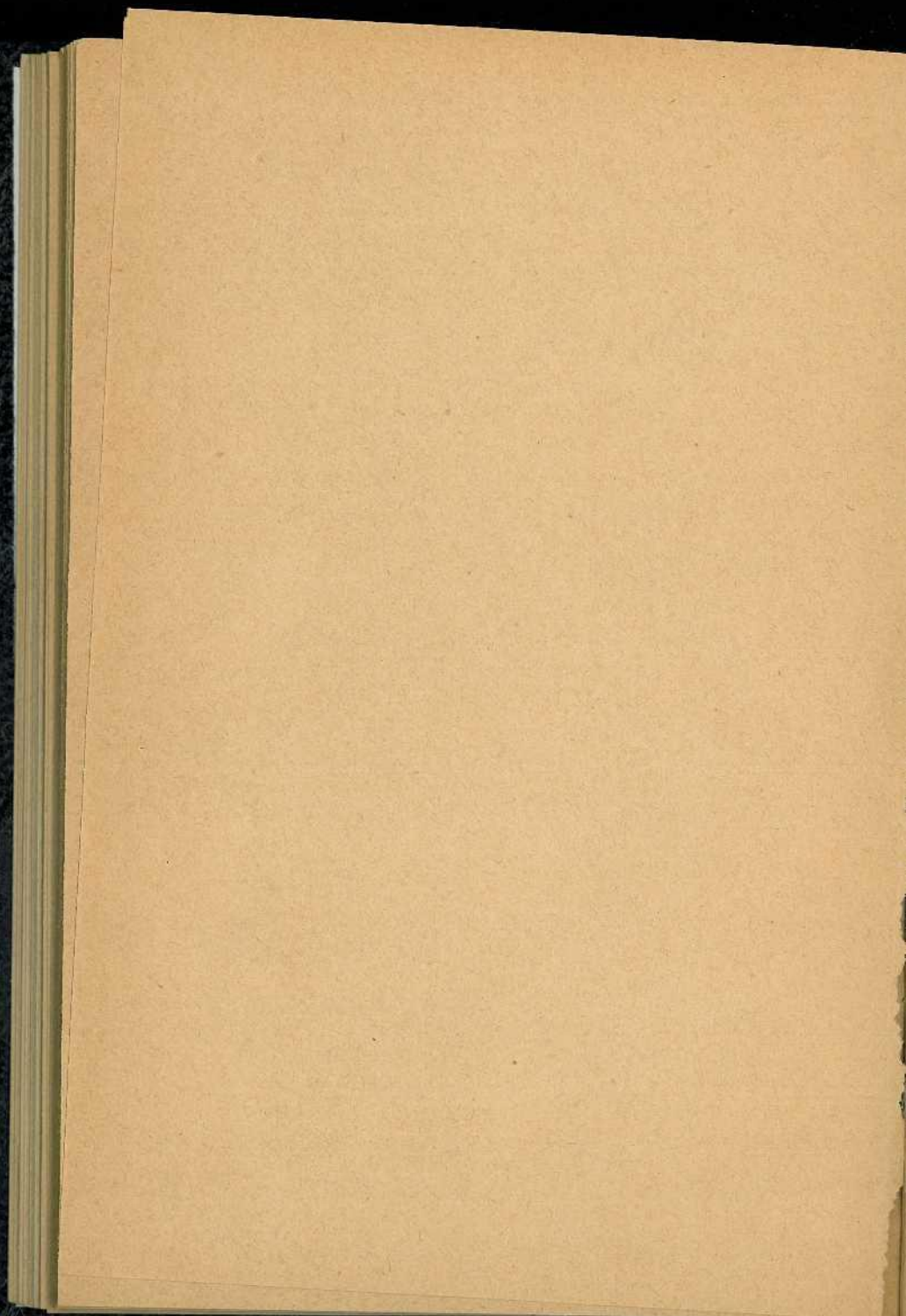
Libre desde ahora de todo compromiso y convencido de la clase de pájaro que es V. pienso dedicarme en lo sucesivo á convencer á mis paisanos de que aquí no debe haber más que tres caciques; La libertad, el trabajo y el progreso; puede V. por lo tanto olvidarse de que en el distrito existe Villarutina y queda suyo afectísimo

s. s. q. b. s. m.

*Luis Cómo de Bianser.*

Valladolid, Setiembre 88.

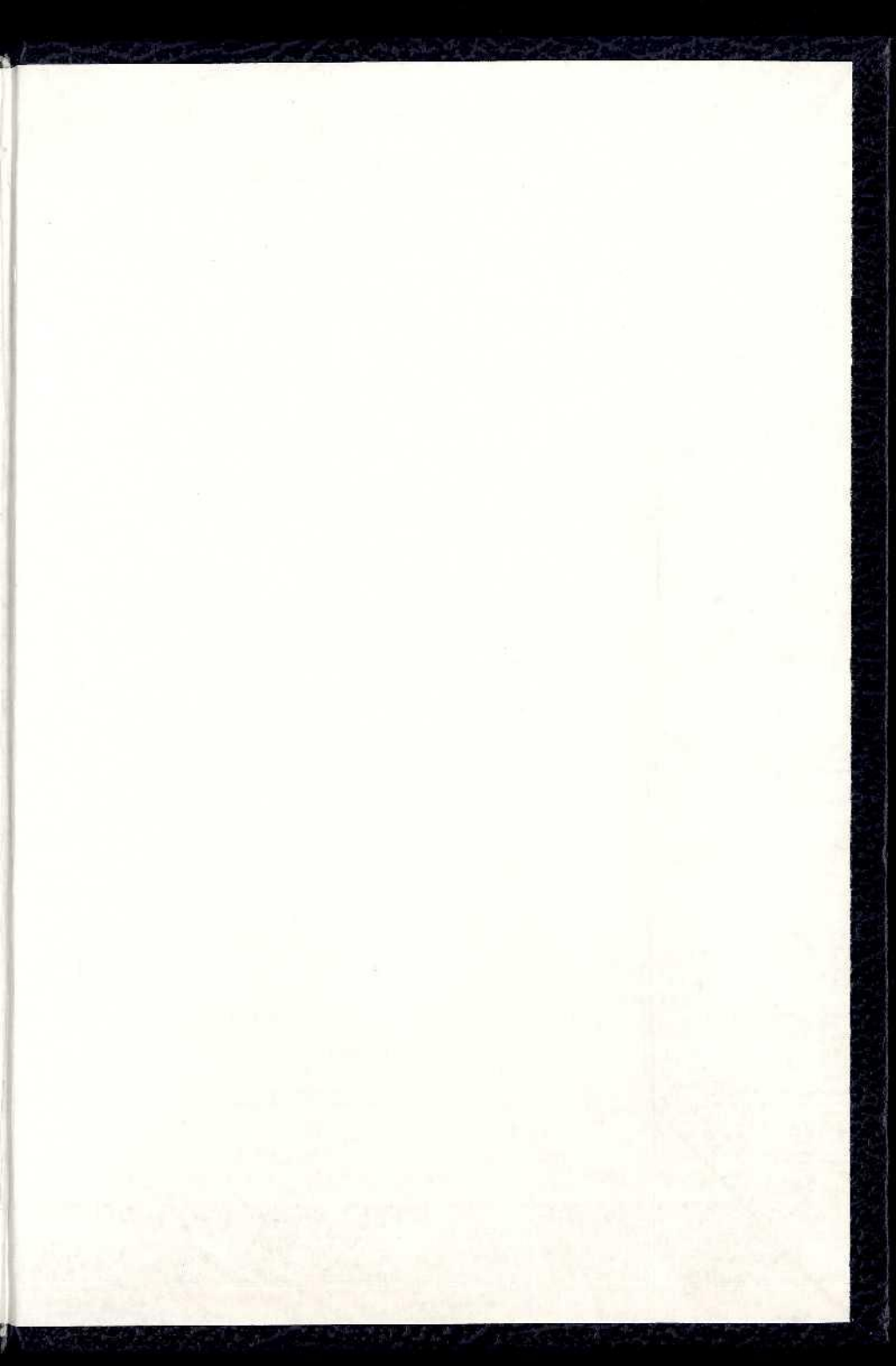
**Fin.**











2